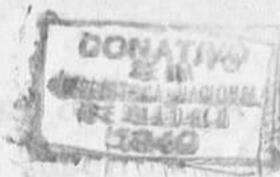
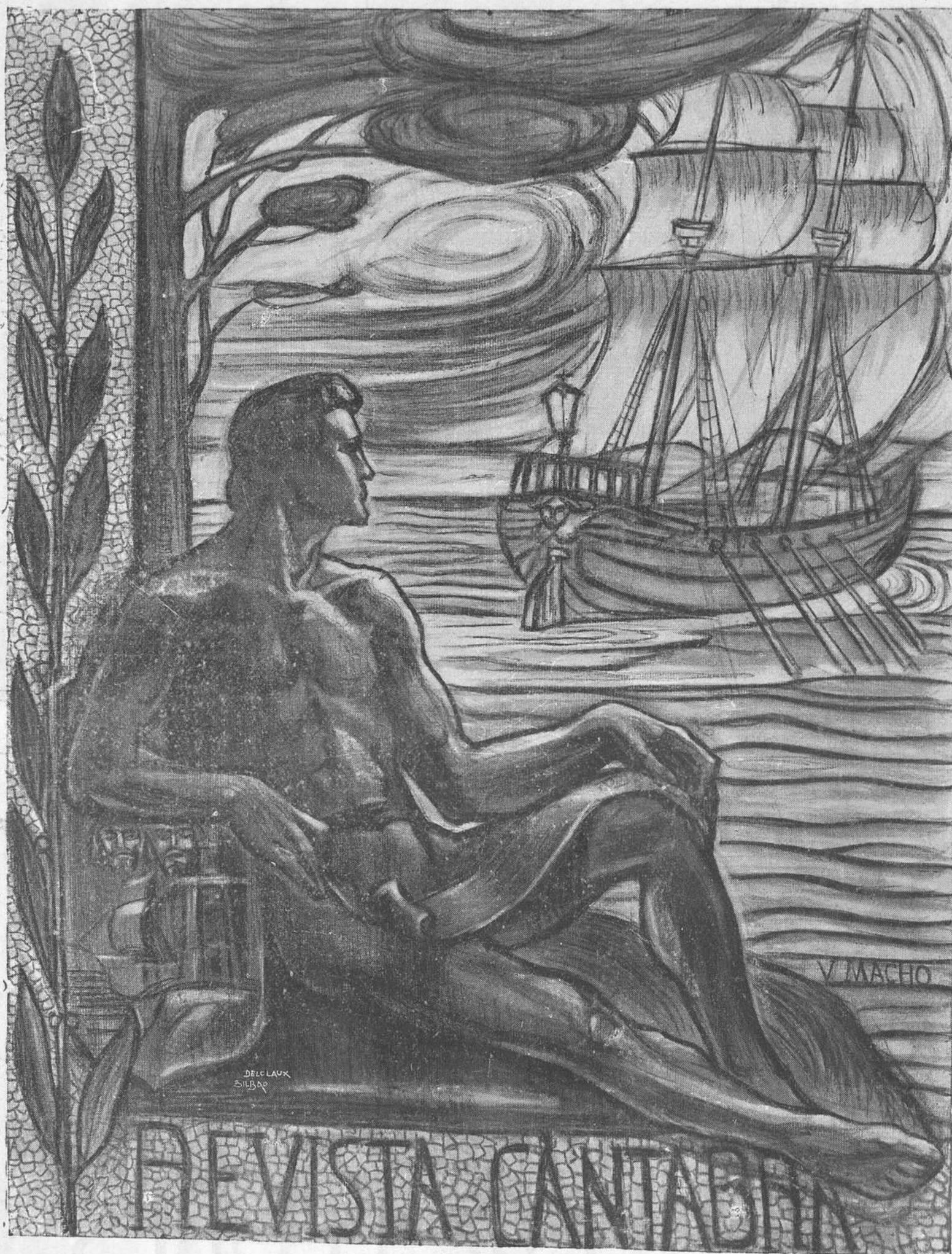


Santander 25 de marzo de 1911



Número 167



DEL MISMO TRONCO

Comedia en dos actos por ENRIQUE MENÉNDEZ

Precio de este número: 20 céntimos

HIERROS Y ACEROS laminados en todas las formas y dimensiones  
TUBERÍAS de todas clases.—MADERAS DE FRANCIA  
ACEROS y herramientas especiales para MINAS  
CHAPAS negras y galvanizadas, lisas y onduladas

Grandes existencias en los almacenes de

## PEREDA Y LASTRA

Plazuela del Príncipe, número 1

SUCURSAL EN BÓO (ASTILLERO-GUARNIZO). TELÉFONO NÚMEROS 236 Y 1.513

---

## ACADEMIA MINERVA

Colosía, 1.—SANTANDER

---

Bachillerato.—Comercio oficial y práctico.—Academias militares y de la Armada.—Ingenieros industriales.—Ayudantes de Obras públicas, Montes y Minas.—Topógrafos.—Estadística.—Aduanas.—Correos.—Telégrafos.—Tabacalera.—Banco de España, etc.

Este Centro de enseñanza cuenta con un numeroso personal docente con títulos académicos y profesionales.

Pídanse Reglamentos en la Secretaría

---

## NOVELAS

DE

# REVISTA CÁNTABRA

---

---

En el número correspondiente al día 29 de abril  
aparecerá

## CUENTO DE LEONES

novela por ALBERTO L. ARGÜELLO.

Precio de este número: 20 céntimos

# Revista



# Cántabra

SUSCRIPCIÓN: En Santander ..... 1,50 ptas. trimestre  
En el resto de España ..... 2 » »  
En el extranjero ..... 3 » »

Redacción y Administración: Santa Clara, 8 y 10, pral.  
Toda la correspondencia al Director.—No se devuelven los originales.

CONCERTADO EL IMPUESTO DEL TIMBRE SOBRE ANUNCIOS



Enrique Menéndez Pelayo

# DEL MISMO TRONCO

Comedia en dos actos por **ENRIQUE MENÉNDEZ PELAYO**

*Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro Principal de Santander  
en la noche del 24 de febrero de 1911*

## REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	PERSONAJES	ACTORES
AMPARO (30 años).....	Sra. Ferri.	GONZALO (50 años).....	Sr. Villagómez.
CARMINA (18 »).....	Srta. Robles (C.)	GERMÁN (28 »).....	Sr. Calvo.
CARMEN (70 »).....	Sra. Segura.	ALFREDITO (22 »).....	Sr. Moreno.
LAS DE VILLAMANSA (edad indefinible).....	Sra. Quijada. Sra. Cebrián.	UN CRIADO.....	Sr. González.
RITA, criada.....	Srta. Satorres (R.)		

La escena en Madrid, actualmente

## ACTO I

Salón. Puerta al fondo y laterales

### ESCENA I

#### CARMEN y CARMINA

*(Carmen lee, con anteojos, en un libro de pasta antigua. Carmina sale y se pone á trabajar en una labor superflua de las que estén de moda).*

CARMEN (*dejando de leer*)—¿Qué hace Amparo?

CARMINA.—Escribe.

CARMEN.—¿Todavía?

CARMINA.—Todavía. Cuando emprende esa faena, no la deja tan pronto.

CARMEN.—¿Y qué escribe?

CARMINA.—Cartas.

CARMEN.—Admiro su paciencia.

CARMINA.—Y yo su ingenio y su facilidad. Cada vez me cuesta más trabajo escribir. No es pereza, no; es estupidez... Y hablando no soy tan insulsa ¿verdad, abuelita? Pues en cuanto cojo la pluma, se me vuelan las ideas como si las fuera á pinchar con ella. ¿Qué será? Yo que sostengo con mis amigas conversaciones tan interesantes.

CARMEN.—Basta que tú lo digas.

CARMINA.—De veras, abuela... Pero está visto que cada uno tiene su medio de expresión favorito. Yo, por ejemplo, soy el polo opuesto del novio de Adelita, la de enfrente: la escribe unas cartas que se debían publicar; ¡qué gracia y qué poesía! Pero se la acerca en paseo ó en el teatro: mudo como una estatua. Y si habla algo, es una tontería. Así es que la otra tarde le dijo ella: «Hombre, recítame una carta á ver si salimos del paso».

CARMEN.—Lo que sucede hoy es que escribís demasiado. Siempre estás con que debes contestación á Fulanita ó á Menganita.

CARMINA.—Pues ¿no escribáis las muchachas de tu tiempo á las amigas?

CARMEN.—Empieza por que no teníamos amigas.

CARMINA.—¿Y cómo podáis vivir sin ellas?

CARMEN.—Malamente; pero, en fin, aquí estamos. Claro es que alguna teníamos, pero como vivía en el cuarto de al lado, ó á lo más en la casa de enfrente, no había para qué escribirlas.

CARMINA.—Ya lo comprendo.

CARMEN.—Hoy, con eso de educarse en París, veranear en la Costa Azul, y pasar el otoño en la Selva Negra, y curaros la tos en Suiza, vais dejando amigas—ó más bien conocidas—por

todas partes y tenéis que sostener correspondencia hasta con los antípodas.

CARMINA.—No tanto, abuelita.

CARMEN.—En mi casa, cuando yo era niña, no se pedía nunca *una pluma*, sino *la pluma*. Y alguna conocí que duró en buen uso más de tres años.

CARMINA.—Ay, ¿pues de qué era?

CARMEN.—De ave.

CARMINA.—Del ave-fénix, sin duda. (*Levantándose y dirigiéndose á la puerta de la derecha*) Voy á ver si ha terminado. (*Entra por dicha puerta y vuelve á salir enseguida*)

CARMEN.—Déjala: no crea la pobre que la necesitamos.

CARMINA.—(*Saliendo*). ¡Qué si quieres! Allí sigue inclinada sobre la mesa y entre un mar de plieguecillos escritos ya. ¡Y yo que todavía no sé lo que es meterme en la tercera cara!

CARMEN.—Amparo, hija mía, ha tenido muchas penas, y las penas avivan la imaginación y dan materia larga para las cartas.

CARMINA.—¿Sí? Pues prefiero quedarme para *in sécula* en la segunda cara... La verdad es que nos hemos acostumbrado de tal modo á su presencia, que ya no sabe una estar sin ella.

CARMEN.—Ciertamente. Pero hay que dejarla sus horas.

## ESCENA II

### DICHOS y GONZALO

GONZALO.—(*Por el fondo*). No me quieren anunciar, y paso. (*Besa la mano á Carmen y estrecha la de Carmina, á quien dice:*) ¿Cómo te va, primor?

CARMINA.—Bien. ¿Y usted?

CARMEN.—Lo he mandado yo. Y aunque al diplomático le sea duro prescindir de una fórmula, el amigo cariñoso tiene derecho á que se suprima.

GONZALO.—Agradecidísimo á esa simplificación del protocolo. No sabía si ésta es para ustedes hora de recibir, pero salía de aquí al lado, del trece...

CARMEN.—Ah ¿ha estado usted á dar el pésame á la viuda de Fuenclara?

GONZALO.—Precisamente.

CARMINA.—¿Y le han admitido?

CARMEN.—(*Reprendiéndola*) ¡Carmina!

GONZALO.—Pues digo que me pareció género de delito pasar por delante de esta casa sin subir á saludar á ustedes.

CARMINA.—«Y personas que les acompañen», como dicen los permisos para ver la Casa de Campo.

GONZALO.—No seas mala, chiquilla; no seas mala.

CARMINA.—Diplomáticos á mí ¿eh? Como si no hubiera yo sorprendido más de una nota secreta. Tengo yo (*señalando á sus ojos*) unos gabinetes negros...

GONZALO.—Negros y hermosos.

CARMINA.—(*Señalando maliciosamente hacia la derecha*) Hable usted bajo, imprudente.

GONZALO.—Pero ¿ha visto usted, Carmen?

CARMINA.—El que no ha visto es usted; pero verá, verá: voy yo á ver... (*Se dirige otra vez hacia la puerta de la derecha*)

CARMEN.—Carmina, quieta ahí y ten formalidad.

GONZALO.—Gracias á que yo no la concedo la beligerancia.

CARMINA.—Ya lo creo: como que no se trata de ningún... ¿Cómo se llama eso?

GONZALO.—¿*Casus belli*?

CARMINA.—Justo: de ningún *casus belli*, sino de establecer una alianza conmigo.

GONZALO.—¿Quién rehusaría eso?

CARMINA.—No, si la alianza definitiva no va á ser conmigo; ya lo sabe usted. (*A Carmen*) ¡Y qué bien ha elegido don Gonzalo!

CARMEN.—¡Dale con el *don*!

CARMINA.—¡Qué buena es! Ahora hablo con toda formalidad.

GONZALO.—¿De quién?

CARMINA.—De *ella*. ¡Qué corazón y qué entendimiento!

CARMEN.—Si por cierto. ¿Quién que la haya tratado no hará coro á esas alabanzas?

GONZALO.—Pues señor, tendré que hacer como si supiera de quien se habla.

CARMINA.—Es lo mejor que puede usted hacer. Mire usted, don Gonzalo... digo, Gonzalo...: le confieso que al principio le tuve á usted mala voluntad.

GONZALO.—¿Al principio?

CARMINA.—Cuando empezó usted á hacer cocos á Amparo... Si señor, cocos: no ponga usted esa cara. Cocos de los que se hacen á su edad... Ay, usted perdone.

CARMEN.—¡Chiquilla! Hoy estás disparatada.

CARMINA.—Pues sí: eso de venir á disputarme la señorita de compañía... Ya comprendo que también usted necesita una, que no está bien soltero...

CARMEN.—Pero ¿quién te mete á tí en eso? Y ya te he dicho que excuses cuanto puedas dar á Amparo ese nombre.

GONZALO.—Ella no lo tiene á humillación; y hace bien.

CARMINA.—Ni yo lo suelo decir sin más ni más, abuelita. Ya se me alcanza que, á pesar de su mucha virtud, ha de serla duro oírse llamar así á la que nació en otro rango.

GONZALO.—En rango bien elevado. Hasta hace poco no sabía yo toda esa triste historia, que seguramente conocen ustedes.

CARMEN.—Las de Villamansa, que fueron quienes nos la recomendaron, nos han contado que esta señorita pertenecía á una de las familias más nobles de la Montaña; que había perdido á su madre, viuda desde muy joven, y que habían sufrido grandes quebrantos en su hacienda: parece que el único hermano que Amparo tiene...

CARMINA.—Y que más valía que no tuviera, por lo visto.

GONZALO.—Como que dicen que mató á disgustos á la buena señora.

CARMEN.—Algo de eso he oído. No á Amparo, que nunca habla de él. Las de Villamansa nos han insinuado que ese joven no era precisamente un santo; pero como ellas son tan buenas y tan indulgentes con todo el mundo...

CARMINA.—Insoportablemente indulgentes: ¡no las puedo ver!

CARMEN.—Pues haces mal.

CARMINA.—Yo tiemblo cuando entran por esas puertas. Con sólo oírlas nombrar, ya bostezo.

GONZALO.—Pues, por lo que á mí me han dicho—y son noticias del mejor origen—el tal hermano es una verdadera abominación. Ni hay vicio con quien él esté reñido, ni caudal que no derroche en cuatro días, ni mujer segura...

CARMINA.—Toda una personita, vamos.

GONZALO.—Su madre murió, en efecto, arruinada, pues el mozo—que por cierto creo que tiene una hermosa estampa...

CARMINA.—Del mal el menos.

GONZALO.—No sólo había hecho noche su patrimonio, sino que había acabado también con el de su hermana y con cuanto su madre tenía: tierras, casas, ganados...

CARMINA.—Nada, como una inundación.

GONZALO.—Además, parece que las daba una vida de perros; que es de estos hombres tan suaves con quien les puede sentar las costuras, como violentos y brutales con los suyos.

CARMINA.—¡Qué bandido! ¡Y hasta puede que haya puesto la mano sobre esta infeliz!

CARMEN.—Si es como le pintan... No levantes tanto la voz.

GONZALO.—¿Qué? ¿Podría oírnos?

CARMINA.—Qué ha de oírnos, si hay dos habitaciones por medio.

GONZALO.—Por último, sé que para ir á buscar dineros le dan igual todos los caminos, y que ha cometido verdaderas estafas.

CARMEN.—¿Hasta eso?

GONZALO.—Que ya hubieran dado con él en la cárcel si aquella pobre mujer no hubiera pues-

to en juego las buenas relaciones que aún conservaba su ilustre casa.

CARMEN.—¡Pobre muchacha!

GONZALO.—Figúrense ustedes qué situación la suya cuando se quedó sola con él, entre la penuria que los afligía y los malos tratos de aquel bárbaro. Para entonces apenas conservaban ya otros bienes que el viejo palacón en que vivían, uno de esos caserones montañeses en que parece que se han quedado pegadas á los viejos tapices y á los muros desconchados todas las penas de las generaciones que los han vivido. Sin embargo, allí se hubiera ella quedado como en la gloria, que siente muy bien toda la poesía de esas memorias familiares, el misterioso encanto de las grandezas caídas. Pero sin duda no pudo soportar por más tiempo la compañía del que debiera ser su amparo y era su tormento, y un día, como pájaro que deja su nido olvidado entre las breñas, alzó el vuelo á buscarse la vida.

CARMINA.—¡Qué bien dicen las cosas los enamorados! Por supuesto, que yo la encuentro merecedora de toda esa pasión; ya lo he dicho.

GONZALO.—Tanto como pasión... No vayas tan allá. Pero cuando un sér, digno ya de nuestra simpatía por sus bellas cualidades, está tocado además, como á un objeto santo, á la piedra de la desgracia humana, ¿quién no siente por él cierta veneración? Tú la primera.

CARMEN.—Tiene usted razón.

GONZALO.—Es decir, la primera puede que no: las tristezas ajenas no entran en nosotros hasta que las propias les han abierto la puerta. La juventud es cosa tan imperturbablemente alegre, que parecería cruel si la alegría no fuese cosa tan santa. Los que hemos *vivido*, y vivido entre gentes tan diversas...

CARMINA.—¡Qué curiosos sujetos y *sujetas* habrá usted visto por esas cortes en que ha andado! Diga usted, Gonzalo—sin *don* ¿verdad, abuela?—¿y porqué dejó usted tan pronto su carrera?

CARMEN.—Con un porvenir como el que usted tenía. Porque aunque no la necesitara...

GONZALO.—Pues ¡qué sé yo! Cosas de la raza. Los españoles nos dividimos en unos que lo quieren ser todo y á toda costa, y otros para quienes el placer supremo es no ser nada. ¿Quién acierta? Ambos sistemas tienen sus poetas y puede que hasta sus mártires.

«De esa inmensa pasión que llaman gloria  
siento en mi corazón arder la llama»,

canta el uno. Y el otro:

«¿Qué presta á mi contento  
si soy del vano dedo señalado,  
si en busca de este viento  
andando desalentado  
con ansias vivas y mortal cuidado?»

Además, yo soy un sentimental, y, por lo tanto, un hombre transparente: ya ve usted qué aptitudes para el oficio. No sé guardar una idea, ni un sentimiento; en cualquier parte dejo olvidadas las llaves... Pero á todo esto, yo temo estar molestando á usted, Carmen, con esta visita: usted suele dar su vuelta por el Retiro todas las tardes...

CARMEN.—Pero hoy no pensaba pasear: esté usted tranquilo. Todo nuestro plan se reduce á pasar á ver á la de Fuenclara. Pero no será hasta que venga mi nieto y nos diga si ha encontrado butacas para el estreno de esta noche.

GONZALO.—Es verdad, que ustedes son benaventinas decididas.

CARMINA.—Las comedias de Benavente son una de las pocas cosas que reconcilian á mi abuela con la época actual.

CARMEN.—Mucho que sí.

GONZALO.—Pues no sé si Alfredito traerá buen recado.

CARMINA.—¿Cree usted que no habrá encontrado localidades?

GONZALO.—Lo temo, lo temo nada más... Pero aunque así fuera, puede que todavía no esté todo perdido.

### ESCENA III

#### DICHOS, LAS DE VILLAMANSA y ALFREDITO

(Las de Villamansa son dos señoras bastante pasaditas, aunque se conservan ágiles. Tienen la misma estatura, el mismo acento, van vestidas exactamente igual y dicen las mismas cosas).

ALFREDITO.—(Asomando á la puerta del fondo) Aquí estamos la mar de gente... Pasen, pasen ustedes.

CARMINA.—(Aparte) ¡Cielos, las de Villamansa!

LA UNA.—¡Carmen!

LA OTRA.—¡Carmina!

GONZALO.—A los pies de ustedes.

CARMEN.—Nuestro amigo...

LA UNA.—Ya teníamos el gusto...

GONZALO.—Yo soy quien le tiene.

CARMEN.—Es verdad, que ya se han visto ustedes aquí... ¡Qué grata sorpresa!

ALFREDITO.—Agradecédmela á mí, que las he encontrado en la calle y las he dicho: «¡Cuánto tiempo hace que no van ustedes por casa! Precisamente hoy decía mi hermana (*mirando burlescamente á Carmina*): ¡qué ganas tengo de ver á las de Villamansa! ¡Lo que á mí me entretienen las de Villamansa!»

LA UNA.—Así es que, aunque no nos tocaba hoy esta visita, no hemos querido dejar de subir un momento.

LA OTRA.—Y hemos subido aunque no nos tocaba.

CARMEN.—Un motivo más para que se lo agradezcamos á ustedes: su tiempo es precioso.

ALFREDITO.—(Aparte á Gonzalo). ¡Tienen algo precioso! Y usted que decía...

LA UNA.—Oh, no tanto. Ahora, que como tenemos tantas relaciones...

LA OTRA.—Y nos gusta cumplir con todo el mundo.

ALFREDITO.—Y no pueden ustedes multiplicarse...

LA UNA.—Claro está, tenemos que ordenar nuestras visitas.

LA OTRA.—No tenemos más remedio que ordenarlas.

CARMINA.—(Aparte á Gonzalo). Como las latas en la tienda. (Alto á su hermano). Y ¿qué hay de butacas, Alfredito?

ALFREDITO.—Nada de particular.

CARMINA.—Vaya, no seas tonto.

ALFREDITO.—No parece una ni por un ojo de la cara. No llegué á ofrecerle; pero...

CARMINA.—No parecen para tí.

ALFREDITO.—Ni para nadie: ya te apuesto yo...

GONZALO.—¿No les dije yo á ustedes?

CARMINA.—Pues á ver, discurra usted algo. Decía usted antes que acaso...

GONZALO.—Ten calma.

ALFREDITO.—Y resígnate á quedarte en casa.

LA UNA.—¿Pensaban ustedes ir al teatro?

CARMEN.—Sí; hay un estreno. Ustedes van poco, ¿verdad?

LA UNA.—No vamos nunca.

LA OTRA.—Nosotras visitas, visitas...

LA UNA.—Nada más que visitas.

LA OTRA.—Y crea usted que no nos alcanza el tiempo.

LA UNA.—Siempre estamos en descubierto con alguna amiga.

LA OTRA.—Y eso que hay día que hacemos siete.

ALFREDITO.—(Canturreando). *Siete camisas me mudo al día...* ¡Así debía de ser todo el mundo!

CARMINA.—Sólo que entonces no se encontraría á nadie en casa.

LA UNA.—Pero ¡qué ocurrentes son estos hermanos!

LA OTRA.—Son de lo más ocurrente...

ALFREDITO.—Yo una miaja más que esta.

LA UNA.—Siguen ustedes tan contentas con Amparo, por supuesto.

LA OTRA.—Con nuestra recomendada.

CARMEN.—¿Cómo no, si es angelical? Crean

ustedes que les estamos agredidísimas por habernos hecho conocer á esa señorita.

LA UNA.—Tan digna de compasión, la pobre.

LA OTRA.—Tan digna de lástima.

LA UNA.—Fuimos tan amigas de su madre... ¡Qué mujer tan buena!

LA OTRA.—¡Quién conoció aquella familia!... ¡Tan buenos todos!

CARMINA.—(*Aparte á Gonzalo*).—¿Lo ve usted? (*Alto*) ¿También el hermanito?

ALFREDITO.—Ese creo que es de oro.

LA UNA.—Sí, hija, también: el pobre Germán es bueno en el fondo.

LA OTRA.—En el fondo es bueno.

LA UNA.—Algo aturdido.

LA OTRA.—Aturdidillo nada más.

GONZALO.—(*Aparte á Alfreto*) Pero estas señoras ¿son dos en efecto?

LA UNA.—Seguramente que la pobre desempeñará su cargo con toda escrupulosidad.

CARMEN.—Y aún con exceso.

CARMINA.—Sus cargos, porque además es ama de gobierno honoraria. Aquí, donde mandamos todos, no había quien supiera mandar; y ahora hay quien lo haga sin que se advierta que lo hace nadie.

LA UNA.—¡Qué buena! ¿verdad?

LA OTRA.—¡Qué buenísima!

CARMINA.—¿En qué piensa usted, Gonzalo?

GONZALO.—En tus butacas... ¿Dónde vive ese hombre, Señor?

LA UNA.—Y ¿sigue bien Amparito?

CARMEN.—Perfectamente.

CARMINA.—Ahora la verán ustedes. Y usted también, pero enseguida se va usted á eso. (*Se dirige á la puerta de la derecha.*)

GONZALO.—No, que me voy ahora mismo.

CARMINA.—Aquí viene ya ella.

GONZALO.—La saludaré, y me voy.

#### ESCENA IV

DICHOS y AMPARO, que viste de luto

AMPARO.—(*A Gonzalo*) Mi buen amigo... (*Á las de Villamansa*) Señoras mías... ¡Cuánto gusto en verlas!

LA UNA.—El nuestro, el nuestro.

AMPARO.—¡Debo á ustedes tanta gratitud!

LA UNA.—¿Quién piensa en eso?

LA OTRA.—En eso no se piensa.

CARMINA.—(*Acercándose á las de Villamansa y dejando en un discreto apartamiento á Amparo y Gonzalo que hablan bajo*). ¿Están ustedes contentas en su nueva casa?

LA UNA.—Sí, monísima. Verdad es que nosotras nos encontramos bien en cualquiera parte.

LA OTRA.—En todas partes.

CARMEN.—Por de pronto, está más céntrica.

LA UNA.—Como nosotras paramos tan poco en ella.

CARMINA.—Es verdad.

ALFREDITO.—Su patria es el mundo.

GONZALO.—(*A Amparo*). He estado tirando de la visita á ver si llegaba hasta donde yo quería.

AMPARO.—¿Y hasta donde era eso?

GONZALO.—Hasta que usted entrara.

AMPARO.—Usted no se cansa de ser bondadoso conmigo.

GONZALO.—Ni usted de ser adorable... Y ahora que llega usted, me tengo que ir.

AMPARO.—¡Qué remedio! Nadie va en el mundo al paso que quiere... Gonzalo, ya sabe usted que me es siempre muy grata su compañía...

GONZALO.—¿De veras, Amparo?

AMPARO.—De veras. Pero estos apartes no me parecen discretos, dada mi situación en esta casa. Cortemos, pues, este si á usted le parece. Dos espíritus que concuerdan, saben buscarse entre la conversación general... ¿no cree usted?... y tiene la ventaja de que nadie se entera.

GONZALO.—¡Si será mi gloria que se enteren!

AMPARO.—Tiempo habrá de todo, si Dios lo tuviere así dispuesto.

CARMINA.—(*Acercándose á la pareja*). Don Gonzalo ¿nos quedaremos sin ir al teatro?

AMPARO.—(*Aparte á Gonzalo*). ¿Lo ve usted?

GONZALO.—Voy, voy ahora mismo. Y eso que me has llamado otra vez don Gonzalo.

CARMINA.—Si es que se me escapa... Y yo no sé porqué, por que ni me parece usted viejo, ni mucho menos.

GONZALO.—¡Cuánto te importa ir hoy al teatro! Sí, niña, sí: llámame don Gonzalo, que así me sirves de espejo. Y por tener tal espejo, bien puede uno resignarse á que le muestre las canas y hasta alguna que otra arruga.

CARMINA.—Si no tiene usted arrugas.

GONZALO.—No te esfuerces, primor, que yo he de hacer todo lo posible por traerte las butacas... Señoras mías...

LA UNA.—También nosotras nos vamos.

LA OTRA.—No podemos estarnos más.

GONZALO.—Saldremos juntos en ese caso.

LA UNA.—Adios, señora.

LA OTRA.—Adios, Amparo.

LA UNA.—Ya sabe usted cuánto la queremos.

LA OTRA.—Y á tí, Carmina.

LA UNA.—A todos, á todos.

LA OTRA.—Porque todos son muy buenos.

ALFREDITO.—Pero la capa no parece... Mil gracias, señoras.

GONZALO.—Adios, tunante.

CARMINA.—Que nos olviden ustedes... digo, no: al revés.

CARMEN.—Adios, hijas mías.

#### ESCENA V

##### AMPARO, CARMINA, CARMEN y ALFREDITO

CARMINA.—(*Remedando á las de Villamansa*). Pero ¡qué buenas, qué buenísimas son! (*A Amparo*). ¿Ya acabó usted su correspondencia? ¿Cuánto la dura á usted una caja de papel?

AMPARO.—No mucho, no.

CARMINA.—Dí, abuela. ¿Qué edad tendrán las de Villamansa?

ALFREDITO.—La de hace diez años.

CARMEN.—Vaya, Alfredo...

ALFREDITO.—No, si no quiero decir que ellas se quiten años: es que no los viven. El tiempo no las encuentra nunca en casa y no las empadrona.

CARMINA.—Parecen gemelas. ¿No lo son?

ALFREDITO.—Sí que lo son.

CARMEN.—No, hijo; si una lleva á la otra tres años.

ALFREDITO.—No importa.

AMPARO.—¡Qué parecidas son! Yo no acabo de distinguir las.

ALFREDITO.—Es que aunque son dos, no dan más que una imagen. Son para esteréoscopio.

CARMINA.—Yo no sé ni cómo se llaman.

ALFREDITO.—Yo sí: las de Villamansa.

CARMEN.—No digas simplezas; no puedo con esa manía que hoy tenéis de hacer chistes á costa de las gentes. Para cada persona, su chistecito.

ALFREDITO.—Sí, antes se hacían sin duda las personas para los chistes. Porque las de Villamansa no pueden tener otro objeto... Ea, no te enfades, abuelita, que te quiero mucho. (*Acariciando á Carmen*). Pero usted ha visto Amparo, qué pelo tan bonito conserva la abuela? Tan ondeado... ¿Dónde habrá corona de más precio?

AMPARO.—Bien puede usted decirlo.

CARMEN.—¿Ya estás afilando el sable?

ALFREDITO.—Pero nada de fijar yo la cantidad: tú me das lo que buenamente quieras.

CARMEN.—(*Levantándose y dirigiéndose á la puerta izquierda*). Ya me olías tú á no tener dinero.

CARMINA.—Es su perfume favorito.

ALFREDITO.—Dios te conserve la nariz, abuela.

#### ESCENA VI

##### AMPARO, CARMINA y ALFREDITO

CARMINA.—Y el señorito lo merece, que hay que valerse de los extraños si queremos ir al teatro.

ALFREDITO.—¿Otra vez? Vaya, vaya, *me alegro de verte güena*.

CARMINA.—Si hubieras hecho el encargo en cuanto saliste... Pero, claro, verías pasar á alguna beldad de mantón y moño tieso...

AMPARO.—Ah ¿conque esas tenemos?

ALFREDITO.—Pero ¿usted cree..?

CARMINA.—Sí, que no te he visto yo misma el otro día, y bien cerca de casa, hablando con una de esas princesas.

ALFREDITO.—Es que la traía una visita.

AMPARO.—¿Una visita?

ALFREDITO.—Sí señora: de la Plaza de la Cebada, de una amiga suya.

AMPARO.—(*Riendo*). Es gracioso!

CARMINA.—¡De lo más gracioso!

ALFREDITO.—Y una señorita cuando vé eso ¿verdad, Amparo? se hace la cuenta de que no ha visto nada.

CARMINA.—De que no ha visto nada más fresco que su hermanito.

ALFREDITO.—En fin, nada de esto es del caso. Lo que te digo es que siempre que Gonzalo encuentre localidades, mi cabeza está á tu disposición.

CARMINA.—Van en la plaza muy baratos; gracias.

ALFREDITO.—Oye, chiquilla...

#### ESCENA VII

##### DICHOS y CARMEN

CARMEN.—(*Danda á Alfredo dos billetes*). Toma. Y vé lo que haces, que no acuño moneda.

ALFREDITO.—(*Desdeñosamente*). Doscientas pesetas... Por este precio no pretenderás que deje de murmurar de las de Villamansa... ¡Tener que aceptar doscientas pesetas!

CARMEN.—Si te sientes humillado, devuélvemelas.

ALFREDITO.—Eso no: yo sabré devorar la ofensa... Bueno, adios; voy á mudar de traje, que no como en casa.

CARMINA.—¿Con quién vas á devorar la ofensa?

ALFREDITO.—(*Con cómica gravedad*). Estoy á los pies de usted. (*Hace á todas una gran reverencia y se va por el fondo*).

CARMINA.—(*A Carmen*). ¿No vamos nosotras á hacer nuestra visita?

CARMEN.—Es verdad, sí; voy yo también á componerme un poco... si es que setenta años tienen ya compostura.

AMPARO.—(*Toca el timbre*). ¿Necesita usted algo, Carmen?

CARMEN.—Nada, gracias.

AMPARO.—(A Rita que sale). La señora va á arreglarse.

(Vase Carmen seguida de la doncella por la puerta izquierda).

### ESCENA VIII

#### AMPARO y CARMINA

AMPARO.—¡Qué buen humor tiene siempre Alfredito! Verdad es que si no le tuviera merecía ser quemado por hereje.

CARMINA.—Naturalmente: no tiene nada que le preocupe.

AMPARO.—Y en cambio mucho que le alegre. En primer lugar, ser nieto de su abuela y hermano de su hermana.

CARMINA.—Pues ya lo vé usted, siempre estamos riñendo.

AMPARO.—Ya lo veo.

CARMINA.—Por más que las riñas entre hermanos...

AMPARO.—(Con tristeza.) Sí, es cierto.

CARMINA.—Ay, creo que he dicho una impertinencia.

AMPARO.—No la he oído.

CARMINA.—Ea, no se entristezca usted, que también tiene ahora algún motivo de alegría.

AMPARO.—No puedo negar que le tengo: en esta casa he encontrado la paz del alma, el único bien á que yo puedo aspirar.

CARMINA.—¿El único? Yo creo que puede usted aspirar á otros muchos. Por de pronto, al de ser querida.

AMPARO.—¿Yo? ¿Por quién?

CARMINA.—Ah, ¿ya se le ha pegado á usted esa costumbrita de preguntar lo que se tiene muy

sabido? Pues si le he estado embromando... al antiguo secretario de la embajada.

AMPARO.—No sea usted niña, Carmina.

CARMINA.—Y hace que se enfada, y me amenaza así, con la mano; pero le da un gusto... Y aunque es á él á quien hay que alabársele de veras, tampoco es malo el de usted. Es un hombre tan fino... Y no viejo. Como leí ayer en un libro de Bourget: «entre treinta y cinco muy usados y cincuenta y cinco muy conservados».

AMPARO.—Pero si no hay nada serio. Ni yo estoy para pensar en eso... Ya sabe usted lo atento que él es, un hombre de mundo, hecho á decir cosas agradables á las mujeres.

CARMINA.—Vamos, no sea usted tan reservada. ¿Porqué no me confía usted sus secretillos?

AMPARO.—(Algo alarmada). ¿Mis secretos?

CARMINA.—Sí, sus secretos amorosos. No hay nadie que mejor los guarde que el que ya tiene alguno propio que guardar.

AMPARO.—Hola, eso ya es otra cosa... Y yo sí que tengo derecho á saber el de usted.

CARMINA.—¿No me va usted á reñir?

AMPARO.—No, si me lo cuenta usted con toda sinceridad y sin ocultarme nada. Veamos qué es ello.

CARMINA.—Nada entre dos platos: un oso.

AMPARO.—Animal fiero.

CARMINA.—Es cosa de hace pocos días.

AMPARO.—Así y todo ¿cómo ha podido suceder sin que yo me entere? De modo que hay un galán que la sigue á usted...

CARMINA.—Desde hace muy poco. En esos días en que ha estado mi abuela con el ataque de reuma, que se quedaba usted acompañándola y yo salía con las chicas de arriba, entonces nació

la aventura. Bueno, la aventura se reduce á eso que digo: á venir detrás de mí, á esperar ahí cerca para ver si salgo, á mirar al balcón... Pero lo hace todo con un disimulo y unas precauciones que me hacen reír. Suele estar metido en el portal del número ocho y se debe haber hecho muy amigo del portero, que tiene—no sé si se habrá usted fijado—una garita de cristales: se conoce que el muy tunante espía desde allí dentro estos balcones y sólo cuando ve que me asomo sale de su escondite... Es más guapo: una arrogante figura... el bigote negro... y una distinción...

AMPARO.—Pero después de



ACTO I.—ESCENA III.—Carmen, Sra. Segura; Las de Villamansa, Sra. Quijada y Sra. Cebrián; Carmina, Srta. Robles (C.), y Alfredito, Sr. Moreno.

la enfermedad de la abuelita hemos vuelto á salir juntas varias veces: ¿cómo yo no he advertido...?

CARMINA.—Porque el muy ladino se da maña para que no le vea nadie más que yo. Debe de ser muy tímido.

AMPARO.—¿No le habrá usted soñado?

CARMINA.—¡Ay, no! Pero es como el que yo había soñado.

AMPARO.—De modo que usted... Por más que en tan poco tiempo no podrá todavía darse cuenta de sus impresiones.

CARMINA.—Sin embargo, á veces en poco tiempo... se anda mucho camino.

AMPARO.—¿Y esta es una de esas veces?

CARMINA.—No lo sé. Mire usted, cuando le veo me da como miedo, y á la vez siento que se me abrasan las mejillas, y tiemblo toda, y apenas acierto á andar. Y digo para mí: «más quisiera no haberle encontrado». Pero si salgo y no le encuentro, ¡ay! entonces me da una tristeza muy grande. Parece que se apaga el sol... Yo no sé lo que parece.

AMPARO.—Pues señor, buenos estamos.

CARMINA.—Ya ve usted que cumplo su mandato de no ocultarla nada.

AMPARO.—Pero ¿y basta con que no me lo oculte usted á mí? La abuelita...

CARMINA.—¡No, por Dios! ¿Qué entiende de esto la abuelita?

AMPARO.—Usted comprenderá que mi posición... Por de pronto, habrá que averiguar qué clase de mozo es ese que muestra tan buen gusto. Mucha prudencia, Carmina: condúzcase usted como si no se hubiera enterado de que la hacen la corte.

CARMINA.—El caso es que...

AMPARO.—¿Qué?

CARMINA.—Que de eso ya no es tiempo.

AMPARO.—Ah, pero ¿ya se entienden ustedes?

CARMINA.—Por señas.

AMPARO.—Pero, hija, ¿sin saber siquiera quién es?

CARMINA.—¿Qué más da? ¡Es él! ¿Qué importa quién sea?

AMPARO.—¡Jesús, qué desatino! (*Se levanta.*)

CARMINA.—Cuando usted le vea me dará la razón. ¡Cómo siento que no venga usted con nosotros á la Princesa! ¿Cuándo se lo permitirá su luto? Esta noche podría usted conocerle: me ha hecho seña de que irá... Ay, que vuelve la abuela. Ya seguiremos en otra ocasión.

#### ESCENA IX

#### DICHAS y CARMEN

CARMEN.—¿Estás dispuesta?

CARMINA.—Cuando quieras.

CARMEN.—Pues en marcha. Hasta luego, Amparo.

CARMINA.—(*Aparte á Amparo*). Tenemos que hablar mucho.

AMPARO.—(*Id. á Carmina*). Y escuchar no poco.

CARMINA.—(*Aparte á Amparo, indicándole con gestos que no lo cuente*). Por supuesto...

AMPARO.—¿Se ocurre algo, Carmen? ¿Habrá gente á comer?

CARMEN.—A nadie he convidado. Como no caiga alguno del techo á última hora... Conque hasta enseguida.

AMPARO.—Vayan ustedes con Dios.

#### ESCENA X

#### AMPARO y RITA; luego JUAN

AMPARO.—(*Toca un timbre y aparece Rita*). ¿Avisó usted al tapicero, Rita?

RITA.—Sí, señorita.

AMPARO.—¿Y llevó usted el recado al florista?

RITA.—También, señorita. Que hiciera otra cesta igual á la que se le había encargado, porque la señorita Carmina se había acordado de que también se llamaba Teresa otra amiga suya y quería regalarla también flores.

AMPARO.—Usted comprenderá que todo ese razonamiento estaba de más y que al florista le tendría sin cuidado...

RITA.—Dice muy bien la señorita.

AMPARO.—Pues para otra vez ya está usted advertida: se hace el encargo y nada más.

RITA.—Y así debe de ser; pero este pícaro afán de hablar... Yo quisiera ser como la señorita, que sólo dice las palabras justas y á todo el mundo deja contento.

AMPARO.—Ay, hija, menos cuando las digo de más ó de menos... Bien, pues nada más: puede usted retirarse. (*Al ver que Rita no se va*) ¿Qué? ¿Tiene usted algo que decirme?

RITA.—Sí, señorita.

AMPARO.—Pues dígamelo con toda confianza.

RITA.—La señorita es tan buena...

AMPARO.—¿Qué más? Porque eso, que no es verdad, ya me lo ha dicho usted otras veces.

RITA.—¿Que no es verdad? Pues ya mejor... No tiene usted más que preguntar á quien quiera. Usted no sabe, señorita, cómo ha caído en esta casa. Y lo que todos la quieren. Ayer mismo estaban hablando de ello la cocinera y el muchacho del comedor. Y luego entró el cochero y dijo lo mismo. Y yo, no hay para qué decir si les llevaría la contra.

AMPARO.—Pues nada, tendré que resignarme. Vamos á ver, y ¿qué noticia tenía usted que darme?

RITA.—Que ya he tenido contestación á mi carta... Vamos, á la carta que me escribió la señorita.

AMPARO.—Ah, sí, á una amiga de usted para que se enterara de los pasos en que andaba aquel sujeto.

RITA.—Sí, señorita, el que fué novio mío.

CARMEN.—Y ¿qué se ha averiguado?

RITA.—Pues que no tiene vergüenza. (*Entra Juan*).

JUAN.—(*Presentando á Amparo una tarjeta*) Este caballero desea ver á la señorita.

AMPARO.—¿A mí? (*Leyendo la tarjeta*). «Mariano Gómez Peña de las Bárcenas». Pues sí que tendré gusto en verle. (*A Juan*). Que pase. (*Vase Juan*). Siempre fué Mariano un buen amigo de casa... No sabía que estuviera en Madrid. ¿Quién le habrá dado mis señas? (*A Rita*) Ya me contará usted eso.

RITA.—Está muy bien señorita. (*Vase*).

## ESCENA XI

### AMPARO y GERMÁN

JUAN.—Aquí está la señorita Amparo. (*Vase*).

AMPARO.—¿Eh? ¿Germán!

GERMÁN.—Sí, Germán, tu hermano, que te abre los brazos para que te arrojes en ellos.

AMPARO.—¡Tú aquí! Tú aquí, mintiendo como siempre, haciéndote anunciar con el nombre de otro.

GERMÁN.—Se me ocurrió darte esa broma.

AMPARO.—No: se te ocurrió que diciendo tu nombre no te hubiera recibido.

GERMÁN.—Pues bien, sí que lo temí: te marchaste de casa tan enfadada... Pero todo te lo perdono; cuenta nueva.

AMPARO.—¿Tú á mí? ¿Qué tienes que perdonarme?

GERMÁN.—El que me abandonarás de aquel modo, en aquellos días tan tristes...

AMPARO.—¡Para mí!

GERMÁN.—El que desobedecieras mi autoridad... Pero ya te digo que todo lo olvido. Amparo, ¿no te dice nada tu corazón?

AMPARO.—¿De qué puede hablarme en tu presencia sino de desdichas?

GERMÁN.—¿No te dice que cuando un hombre tan altivo y digno como tu hermano viene á humillarse de este modo y á brindarte con la paz, debe ser mucho lo que te quiere?

AMPARO.—Mucho. Y bien lo has demostrado siempre, procurando mi bien y el de nuestra madre. ¡Si debe ser mucho lo que me quieres!

GERMÁN.—Confieso que tienes algún motivo para estar quejosa. Pero el tiempo no pasa en vano, ni los hombres permanecen en un ser ni en

un pensar: el dolor los modifica, los regenera. Sí, los regenera: esa es la palabra.

AMPARO.—A tí no.

GERMÁN.—¿Que no?... ¡Qué soledad, hermana, la de aquella casa, después que te viniste! Por todo consuelo, la implacable sequedad de tus cartas, en que te limitabas á anunciarme el envío de la mísera pensión que me habías señalado. ¡Cuánto sufrió mi corazón, siempre tierno, siempre apasionado por los míos...

AMPARO.—¡Oh, siempre!

GERMÁN.—No lo digas con retintín: siempre... aunque haya sufrido algún extravío propio de la edad juvenil. Un día no pude ya con mi soledad, y decidido por otra parte á salir de apuros y estrecheces, con la ayuda de un buen amigo, que á nadie le faltan...

AMPARO.—¿Aún hay quien te preste dinero?

GERMÁN.—¿Porqué no? ¿Soy algún tramposo, algún estafador?

AMPARO.—No; al menos aquella pobre mártir consiguió que no se te declarara tal.

GERMÁN.—Mira ahora con lo que sale... En fin, que vine á Madrid.

AMPARO.—¿Decidido á ganarte la vida?

GERMÁN.—A crearme una posición; á reconquistarla, mejor dicho.

AMPARO.—Y ¿en qué pensabas trabajar?

GERMÁN.—No me enseñaron á trabajar, bien lo sabes; no hemos nacido en esa esfera. Vine, pues á Madrid. Tú no me habías querido dar tus señas; me mandabas ese... pequeño auxilio mensual y ni querías saber, en tu despego, si llegaba ó no á mis manos. Me dí maña á averiguar en dónde vivías; pero no acababa de decidirme á presentarme á tí... Ya ves, siendo yo el ofendido.

AMPARO.—¡Tú!

GERMÁN.—Ya he dicho que te perdono. Di en espiarte, en rondar esta casa como un enamorado, evitando que me vieras, hasta que en esto doy en fijarme en la señorita á quien acompañabas.

AMPARO.—¡Virgen santa!... ¿Eras tú?

GERMÁN.—Ah, ¿ya te ha contado ella?... Yo te lo contaré sinó. Pronto una pasión avasalladora...

AMPARO.—¡Dios mío, qué desdicha!

GERMÁN.—¿Porqué? ¿No me crees capaz de hacer dichosa á una mujer?... Yo comprendo que mi pasado no me abona; pero siento que ya soy otro hombre. Así puedes manifestarlo donde convenga.

AMPARO.—¡Quítate la máscara y habla claro! Y habla pronto, que temo que entren y me aterra la idea de que te vean aquí, de que...

GERMÁN.—Claro, les habrás dicho mil perre-rías de tu pobre hermano... Pero ya tú sabes que no hay peligro: las señoras han entrado, supongo que de visita de confianza, en el portal inmediato, y un mozo, muy simpático de aspecto, que debe ser hermano de tu pupila, también ha salido poco antes.

AMPARO.—¡Admirable previsión la tuya!

GERMÁN.—Oye, pues, ya que quieres que hable claro... (*Bajando la voz y con misterio*) Amparo, en esta casa está nuestra suerte.

AMPARO.—¡Oh, calla! ¡Estaba la mía, y tu vienes á hacérmela imposible!

GERMÁN.—Si es todo al revés... Yo sé que esta gente... ¿Sabes tú que adjudicaron á Carmen—¿no se llama Carmen esta niña?—el monte de los Tejos? ¡Vaya una finca!... Y sólo en acciones de la Nueva Papelera del Tajo... la tocaron á ella.

AMPARO.—¡Veó que te informas bien!...

GERMÁN.—No tuerzas el gesto: te advierto que la muchacha me gusta; es una morenilla con mucha gracia... Pero necesito que tú me ayudes, y eso vengo á pedirte. Ante todo es preciso que ni ella ni nadie sepan aquí que soy tu hermano hasta que sea hora de saberlo.

AMPARO.—Muy bien. Tú manda, que aquí estoy yo para ayudarte, para preparar con toda nobleza esa celada á los que me han dado pan y abrigo.

GERMÁN.—No te amontones, que siempre tuviste eso. ¿A qué viene hablar de celadas ni de... Harto se te alcanza que mi mala fama pudiera ahora asustarlos; cuando logre interesar el corazón de la niña...

AMPARO.—¿Y yo puedo oírte? ¡Sal, sal de aquí inmediatamente!

GERMÁN.—Vamos, Amparo, sé razonable. Si no busco sólo mi dicha, sino la tuya. ¿Tú crees que yo puedo ver con calma que una hermana mía, una García de los Robles, esté... sirviendo, porque, al fin, servir es lo que tú haces?

AMPARO.—En efecto, y no me avergüenza. Sólo al diablo le avegonzó servir.

GERMÁN.—Siempre romántica... Conque ¿cuento contigo?

AMPARO.—¡No, y mil veces no!

GERMÁN.—¿No? Pues te advierto que lo quiero, que lo mando: ya sabes que yo por

buenas... Nadie ha de saber por ahora quién soy.

AMPARO.—¡Germán! ¡Germán! ¿Porqué eres malo? ¿Cómo quieres que yo me preste...? Si tú sabes que no puedes aspirar al afecto de una mujer honrada... Pero en tí no puede haberse extinguido todo resto de dignidad: antes recordabas quiénes somos... ¿Tú no comprendes que eso no se debe hacer?

GERMÁN.—Ea, ya me cansas: no sé si se debe, pero sé que se va á hacer.

AMPARO.—¡Por la memoria de nuestra madre! Mira, yo haré lo que pueda para aliviar tu situación, por ayudarte. Por de pronto—para mí no es sacrificio—te aumentaré esa miseria que te doy, te enviaré entero...

GERMÁN.—Lo acepto agradecido; realmente, con lo que ahora me mandabas no había ni para... Pero nada me hará abandonar el plan de que te he hablado.

AMPARO.—¡Pues queda aceptada la lucha! Ni á mí me obligará nadie ni nada á ser ingrata ni embustera.

GERMÁN.—Mira, Amparo, que no me resistas; que yo, hostigado...

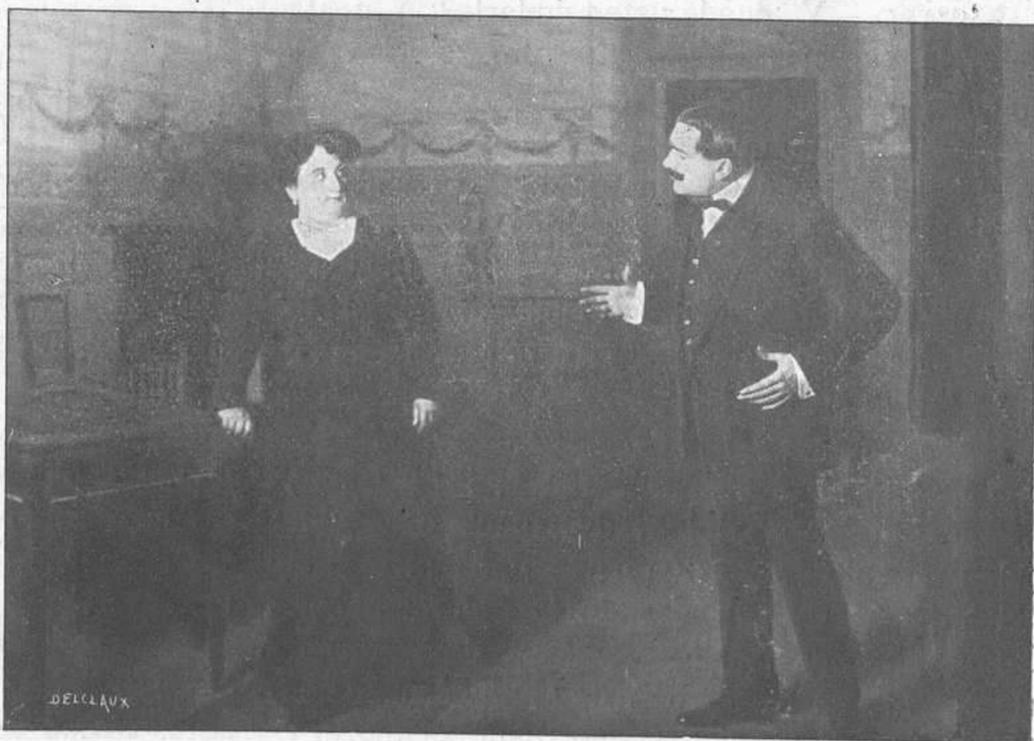
AMPARO.—Ya lo sé: aún recuerdan mis mejillas cómo es la zarpa de la fiera. ¡Pero hoy no la temo!

## ESCENA ÚLTIMA

### DICHOS y GONZALO

GONZALO.—(*Por el fondo, con los billetes del teatro en la mano*) ¡Eureka! ¡Eureka!... Ah, perdonen ustedes: creí que estaba Carmina.

AMPARO.—(*Muy turbada*) Salió... salió con su abuela... á una visita.



ACTO I.—ESCENA XI.—Amparo, Sra. Ferri; Germán, Sr. Calvo.

GONZALO.—Sí, ya sé; pero creí que habrían vuelto... (*Aparte*) ¿Porqué se turba?

GERMÁN.—(*Aparte á Amparo, con tono amenazador*) Preséntame como á un amigo.

AMPARO.—Mi... amigo... Mariano... (*De pronto, en un arranque de dignidad*) ¡Mi hermano! (*A Germán*) Don Gonzalo de Altafuente.

GONZALO.—(*Aparte*) ¿Es su hermano?... ¿Qué pasa aquí?

TELON

## ACTO II

La misma decoración

### ESCENA I

#### CARMEN y AMPARO

CARMEN.—No, Amparo, no es aprensión: Carmina está preocupada... ¿Qué ha pasado estos días por esa muchacha que de tal modo ha modificado su carácter? Siempre seria, cavilosa, ella que vivía en perpétua broma...

AMPARO.—Pues habrá algo; pero seguramente es algo que no tiene importancia. Cualquier ventolina de las que á esa edad sacuden la vida. Ya sabe usted que á los arbolillos jóvenes un soplo los mueve; en cambio, no hay tormenta capaz de troncharlos.

CARMEN.—Pero esos arbolillos tienen otros enemigos además del viento. Por de pronto, mil codiciosos que quieren trasplantarlos á su huerto.

AMPARO.—Ea, no se atormente usted más.

CARMEN.—¿Cómo evitarlo mientras no dé con la causa de su pena, y después con el remedio? Usted me ayudará á buscarle, ¿no es verdad?

AMPARO.—Y ¿puede usted dudarle? A costa de mi felicidad si fuese necesario... y si yo pudiera tener felicidad.

CARMEN.—No querrá Dios que haga falta tanto... Pero ¿porqué dice usted...? Ya, ya he observado que no es sólo Carmina la que anda triste y ensimismada en esta casa... Perdóne usted: no pretendo renovar con una curiosidad impertinente heridas que, según usted me ha dicho, le ha hecho la vida.

AMPARO.—¡Gracias, señora! En su discreción han encontrado esas heridas su mejor bálsamo.

CARMEN.—Los viejos advertimos enseguida quién está alegre y quién triste á nuestro alrededor. Y es que vivimos de la alegría ajena. Como ya no tenemos calor, hemos de sentarnos junto al fuego. Recuerde usted lo que sucede en la tertulia de invierno: se amortigua la lumbre, y aquel grupo sigue engolfado en sus comentarios

políticos, los otros en su tresillo, los enamorados sin saber en dónde están, y el viejo ó la vieja son los que tienen que llamar al criado para que cebe de nuevo la chimenea.

AMPARO.—Pero con usted no reza eso, que ha dado con el secreto de conservar su calor propio.

CARMEN.—No lo crea usted. Puede que no sea de las viejos más quejones: siempre debí á Dios un buen carácter y, en fin, no nos trastorna tanto la edad que no muestre algo de lo que fuimos. Pero mi contento no puede ser ya más que prestado: esos dos chiquillos sacaron también un genio placentero, y su alegría se refleja en mí como la del sol en el pobre remanso. Y sinó, mire usted donde ha ido á parar todo mi buen humor en cuanto se ha nublado la frente de Carmina.

AMPARO.—Con una nube de verano.

CARMEN.—Y ¿si no lo fuera?... A mí no me ha de contar lo que le pasa, ya lo sé; ni pretendo que recitemos la dolora famosa:

*«Pero, Señor, si es tan niña.  
Pero, Señor, si es tan vieja.»*

Pero á usted sí. Ni tampoco de usted lo pretendo: á los viejos no es delito engañarlos; la verdad cruda les puede hacer daño como un sol demasiado vivo... A usted sí se lo contará, ó se lo habrá ya contado; y yo solo pido á usted que la aconseje lo mejor, ¡qué me la cure, Amparo! Mire usted que de una pena suya, ella covalecería porque es joven, pero yo no.

AMPARO.—Yo juro que la curaré. Y ya que el disimulo fuera inútil por más tiempo, sepa usted que Carmina sufre, efectivamente, una pena de amores; pero sepa usted al mismo tiempo que yo la he de curar, que yo la salvaré.

### ESCENA II

#### DICHOS y CARMINA

CARMINA.—(*Por la derecha*). ¡Amparo!... Ah, ¿está aquí la abuelita? (*Da muestras de impaciencia y contrariedad*).

CARMEN.—(*Después de una pausa*). ¿Qué, estorba la abuelita? Es uno de los pocos papeles que se la pueden ya confiar.

CARMINA.—Tú no estorbas nunca. Más bien parece que soy yo quien ha venido á cortar algún diálogo interesante.

AMPARO.—No por cierto... Es decir, siempre son interesantes los diálogos en que toma parte Carmen.

CARMINA.—(*A Amparo*). ¿Quiere usted hacerme el favor de venir un momento á mi gabinete? Deseo consultarla sobre un detalle de... de aquello que usted sabe... Abuelita, no es que

estorbes, sino que tú eres la única persona que no debe enterarse de lo que estoy haciendo: ya sabes que me gusta sorprenderte.

CARMEN.—Ah, vamos, ya estoy; se trata de una laborcita. Mejor dicho, no se trata de nada. En esto habéis adelantado poco: ya en mis tiempos, cuando dos muchachas tenían que secretar, siempre había una labor por medio, y cuando urgía confesar á un enfermo, una novena.

CARMINA.—No, pues en este caso...

CARMEN.—(*Levantándose*). No te apures, hija mía. Sospecho que para enseñar á Amparo lo que deseas, no es menester que vayáis á tu habitación: quedáos aquí, que es la hora de mis rezos y esto me permite marchar sin menoscabo de mi dignidad.

CARMINA.—Pero, abuelita, si...

CARMEN.—Hasta luego. (*Vase por la izquierda*).

CARMINA.—Pero si no hay tal cosa, si...

### ESCENA III

#### AMPARO y CARMINA

AMPARO.—Se fué. Y puesto que ya no tiene remedio, utilicemos su bondad, ya que las dos tenemos algo que decirnos.

CARMINA.—Ciertamente. Permítame usted que sea yo la que empiece. Amparo, es preciso, es indispensable, es urgente que me explique usted esa tenaz oposición á mis amores con ese muchacho.

AMPARO.—Con... ¿sabe usted ya su nombre?

CARMINA.—Aún no.

AMPARO.—(*Aparte*) ¡Ah! (*A Carmina*) Pues bien, he creído de mi deber informarme de las circunstancias de ese joven y... y no la conviene á usted. Yo disculpo su afición: el exterior de ese hombre es verdaderamente amable. Pero, lo repito, no la conviene á usted.

CARMINA.—Pues ¿quién es? ¿Qué mancha hay en él? ¿A qué esos misterios?

AMPARO.—Vamos á ver, Carmina. ¿Me cree usted leal? ¿No cree usted que en toda ocasión busco su bien y que yo no puedo nunca obrar sino por razones justas?

CARMINA.—Sí, la creo leal; pero no tiene usted más que treinta años.

AMPARO.—Y ¿qué?

CARMINA.—Que á esa edad hay todavía algo que puede dar al traste con la lealtad de una amiga.

AMPARO.—No se inquiete usted: yo no tengo esos años más que en la partida de bautismo; soy mucho más vieja.

CARMINA.—¿En lo sabia?

AMPARO.—No, en lo triste.... ¿Porqué me

habla usted así? ¿Presumo yo acaso de sabia? No, niña, sino de agradecida... ¿De veras tiene usted celos de mí? Hé ahí una complicación con que no había yo contado... Venga usted acá; no vea usted en mí más que... ¿qué diré yo?... que una amiga del alma, una hermana mayor, que sólo quiere su dicha, que se la pide á Dios cada mañana antes que el pan mismo de cada día, y que la dice á usted: ¡Hermana mía, no des oídos á ese hombre, que no trae el amor, sino la desventura!

CARMINA.—Pero ¿de qué sabe usted eso?

AMPARO.—¡Rechácele usted!... Todo ello no ha pasado de lo que usted me contó ¿verdad? No se han hablado ustedes; no se han escrito... ¿Ó sí?... ¿Calla usted? ¡Hable usted por Dios, Carmina!

CARMINA.—Pues sí, me ha escrito.

AMPARO.—Y ¿firmaba?

CARMINA.—No. Pero ¿qué interés?...

AMPARO.—Enséñeme usted esa carta... Perdóne usted... pero es lo cierto que necesito verla. ¡Necesito salvar á usted!

CARMINA.—¿Salvarme?

AMPARO.—Pero ¿cómo ha podido llegar á sus manos? ¡Que siempre hayan de dar con un camino esas cartas!

### ESCENA IV

#### DICHOS y GONZALO

AMPARO.—Ah, Gonzalo... ¿Cómo está usted?

GONZALO.—Siempre á los pies de mis amiguitas. Y por aquí ¿qué ha habido durante el siglo que hace que no nos vemos? Un siglo de diez días; pero al fin, un siglo.

CARMINA.—Pues nada de particular.

AMPARO.—¿Yá bien de su catarro?

GONZALO.—Casi bien.

AMPARO.—(*Pasando junto á Gonzalo, le dice aparte*). No aluda usted á lo del otro día; se lo ruego. (*Alto*). Ayer, cuando enviamos á preguntar, dijeron que ya había usted salido.

GONZALO.—Un momento nada más, á un asunto urgente. Mi salida oficial puede decirse que es hoy... Y tu abuela ¿cómo anda?

CARMINA.—Bien; gracias.

GONZALO.—¡Qué ganas tenía de venir por aquí! Hoy me acabaré de curar; estas aguas me prueban á *merveille*... Conque ¿qué hay, primor? ¡Qué sería estás! No nos hemos visto desde el día de la comedia, que por cierto no pude ir á ver... ¿Qué, es muy bonita?

CARMINA.—A nosotras nos gustó mucho.

GONZALO.—Debe de ser muy linda.

CARMINA.—(*Aparte*). No tengo humor de visitas. (*Alto*). Ya charlaremos de ello, que aho-

ra tengo que hacer. Con permiso de ustedes...

GONZALO.—Vete con Dios, mujer, vete con Dios... ¿Qué le pasa á esta chiquilla?

### ESCENA V

#### AMPARO y GONZALO

AMPARO.—Yo le contaré á usted, no de la comedia, sino del drama.

GONZALO.—¿De qué drama? Me asusta usted. ¿Qué ha sucedido?

AMPARO.—Ante todo, tengo que explicar á usted algo que hoy hace diez días pasó en esta misma sala. ¡Cómo he sentido no poder ver á usted en todo ese tiempo!

GONZALO.—Inoportuna enfermedad; puede usted suponer cuánto me habrá impacientado, porque, en efecto, algo ví que no me expliqué la última vez que estuve en esta casa.

AMPARO.—Entró usted en ocasión en que estaba aquí mi hermano, y yo se le presenté en forma tal que no sé qué creería usted: puede que llegase á dudar de que aquel fuera mi hermano.

GONZALO.—Usted se turbó de tal modo .. pareció contrariarla tanto mi llegada... Amparo, yo sabía antes, como sé ahora, que usted nunca puede decir sino la verdad, y sin embargo... Perdón: á mi edad los celos no pueden ya ofender á la persona amada, porque no tienen el bastardo origen que á los veinticinco años. Más que del amado, suponen desconfianza del amador. Quien á mis años concibe una pasión, se encuentra en el caso del que llega tarde al teatro, que, por muy sagaz que se juzgue, siempre teme no haber adivinado del todo el principio de la comedia.

AMPARO.—¿También aquí los celos? Crea us-

ted que estoy perdiendo muy buenas ocasiones de reirme; pero ¡ay! ahora no las puedo aprovechar... Gonzalo, aquel que usted vió era mi hermano; si vacilé al presentarle fué porque... Usted ya sabrá cómo es mi hermano... Él me había prohibido además decir quién era; pero yo no entiendo de ocultaciones ni mentiras, y al fin dije á usted la verdad... Pues bien, amigo mío, ahora que la sabe, necesito de su concurso, de su compasión.

GONZALO.—¿Mi compasión? De otro afecto más alto sabe usted que dispone, Amparo. Usted padece: ¿en qué puedo aliviarla? El mismo sacrificio de mi vida me parecería poca cosa para ofrecido á usted.

AMPARO.—¡Gracias, Gonzalo!... Es horrible lo que me sucede. Germán, mi hermano... ¡que tenga yo que pasar por esta vergüenza! Pero es preciso. Abriga un proyecto... Ha conseguido enamorar á esta pobre niña.

GONZALO.—¿A Carmina? ¡Infame!... Perdón, Amparo.

AMPARO.—Si no hay otra palabra Yo no la puedo pronunciar; pero tampoco asombrarme de oirla.

GONZALO.—Pero ¿cuándo ha podido...? ¿No vivía en el pueblo?

AMPARO.—Sí, y deliberadamente, sin conocerla, ha venido á Madrid y ha pretendido que yo le apoye en su empresa.

GONZALO.—Vió claro el negocio: sabe que Carmina no está en la calle... y con usted dentro de la casa... ¡Pobre Amparo!

AMPARO.—Yo le respondí...

GONZALO.—No necesita usted decirme qué le respondió.

AMPARO.—Pero es necesario que cumpla hasta el fin con mi deber... Ha hecho llegar á ella una carta.

Todo lo temo de él... Hay, pues, que advertir del peligro á esta señora, á Alfredito... ¡No; á Alfredito no! Pudieran tener un encuentro...

GONZALO.—Y ¿por qué á ellos? Bastará con enterar á Carmina de quién es su galán: ella ya sabe que Dios, con incomprensible designio, ha hecho nacer en la misma cuna los dos seres más distintos que pueden hallarse.

AMPARO.—Ay, es que de ella también lo temo todo...

GONZALO.—No, por Dios. ¿Cómo es posible que Carmina...?



ACTO I.—ESCENA ÚLTIMA.—Amparo, Germán y Gonzalo, Sr. Villagómez

AMPARO.—Es un alma que despierta.

GONZALO.—Con todo, yo no creo... Bien dicen que el miedo es contagioso... Acabará usted por convencerme.

AMPARO.—Hay que hablar á Carmen; no hay más remedio. Eso necesito de usted, Gonzalo: yo no me atrevo; me causa tal angustia, tal rubor tener que decirlas yo misma... Al fin es mi hermano, es mi sangre...

GONZALO.—Sí, es preciso hablarlas.

AMPARO.—¡La pobre Carmen, que no ve sino por los ojos de esa niña!... En mal hora para todos puse los pies en esta casa.

GONZALO.—¿De qué puede usted culparse, criatura? Ni ¿cómo podrá asentir á eso quien, al abrir usted esa puerta, ha creído ver entreabierta la de la felicidad? Precisamente hoy—ya, ya veo que no es oportuno—pensaba pedir á usted licencia para presentar aquí mis credenciales de novio oficial.

AMPARO.—Usted ya ve que ahora... Oh, yo le agradezco esa pasión...

GONZALO.—¡Me la agradece usted!

AMPARO.—Y se la pago... Pero... Perdóname usted: siento una intranquilidad; ya se me figura que cada hora que pasa es una hora que perdemos. Me voy junto á ella: tengo que evitar que reciba otra carta, que escriba, que se asome á un balcón...

GONZALO.—No, Amparo; yo creo que no es para tanto.

AMPARO.—Sí, sí lo es; me voy, no puedo sosegar... ¡Gracias, Gonzalo! (*Cogiéndole la mano*) ¡Gracias por todo!

#### ESCENA VI

##### GONZALO, y á poco LAS DE VILLAMANSA

GONZALO.—(*Después de una pausa*) Es todo un señor encargo... Pero hay que cumplirle: la amistad tiene sus deberes, y yo soy amigo de esta casa; el amor tiene sus obligaciones, y yo adoro á Amparo.

(*Entran las de Villamansa, precedidas de Rita*).

GONZALO.—Señoras...

LA UNA.—Señor de Altafuente...

LA OTRA.—Señor de Altafuente...

GONZALO.—Ustedes siempre bien... Tan ágiles y tan...

LA UNA.—Tan agobiadas de quehacer ha de decir usted.

LA OTRA.—Eso; tan agobiadas.

GONZALO.—¿De quehacer?

LA UNA.—Ha dado en morir tanta gente...

GONZALO.—Ah, vamos sí. Y ustedes que están tan relacionadas...

LA UNA.—Ya ve usted: si en esos casos no va una á saludar á las amigas...

LA OTRA.—Si las amistades no son para estos casos...

GONZALO.—Dicen ustedes muy bien: los duelos con ustedes son menos.

LA UNA.—No es por alabarnos; pero ya saben nuestras relaciones que pueden contar con nosotras para todo.

LA OTRA.—Incondicionalmente.

GONZALO.—Menos para aburrirse.

LA UNA.—Muchas gracias. Vea usted, esta visita de Carmen no nos tocaba... ¿hasta cuándo, pequeña?

LA OTRA.—Hasta el martes de la semana que viene.

LA UNA.—Y, sin embargo, por servir á un amigo...

GONZALO.—Ah ¿de modo que hoy se trata de algo así como una embajada extraordinaria?

LA UNA.—Ay, ¡qué gracioso! Como usted es...

LA OTRA.—Claro; como él es...

GONZALO.—¿Gracioso? (*Aparte*) Con poco se contentan...

#### ESCENA VII

##### DICHOS y CARMEN

CARMEN.—Ah, ¡qué buenas amigas! ¿Cómo va? Y Gonzalo también está aquí.

LA UNA.—Bien; y ¿usted? Tan buena siempre.

LA OTRA.—Lo está y lo es.

LA UNA.—En esta casa son buenos todos.

GONZALO.—¡Y en todas!

CARMEN.—(*A Gonzalo*). ¿Ya fuerte?

GONZALO.—No fué nada: pena de arresto menor.

CARMEN.—Siéntense ustedes.

LA UNA.—Un momento nada más, porque hoy tenemos muy tasado el tiempo.

CARMEN.—¡Qué le vamos á hacer! No hay que ser egoísta... Vaya, vaya. Y ¿qué pasa por ese mundo?

LA UNA.—No sabemos nada.

LA OTRA.—Hace una semana que sólo hacemos visitas de pésame.

CARMEN.—Antes solía aprenderse mucho en ellas.

GONZALO.—Hasta Filosofía.

CARMEN.—¿Conque tanto duelo hay por ahí?

LA UNA.—Le digo á usted que han tocado á morir.

CARMEN.—Pues hay que hacer como si no oyéramos la campana.

LA OTRA.—¡Qué remedio!

LA UNA.—Nosotras, Carmen, traemos para usted una súplica de un amigo.

LA OTRA. — Una embajada extraordinaria, como dice Gonzalo.

GONZALO. — El cual deja á ustedes mientras la desempeñan.

LA UNA. — Por eso no se vaya usted: ya sabemos que para usted no hay secretos en esta casa.

LA OTRA. — Ni lo que tenemos que decir á Carmen lo es, después de todo.

GONZALO. — Sin embargo...

CARMEN. — Ya sabe Gonzalo que, á no ser asunto que ustedes desearan reservar, puede oír cuanto aquí se diga.

GONZALO. — Son ustedes tan amables, que no vaya á parecer descortés si me marchó. Quédomé, pues.

CARMEN. — (*A la una*) Tiene usted la palabra.

LA UNA. — Pues ha estado á vernos el hermano de Amparo.

GONZALO. — ¡Hola!

CARMEN. — Pero ¿está en Madrid?

LA UNA. — Acá se ha venido el pobre huyendo de la soledad de su casa. ¡Qué guapo está! La nariz es de su madre.

LA OTRA. — De su madre; lo que es la nariz...

LA UNA. — Como sabe cuánto hemos querido siempre á toda su familia, nos ha rogado que intercedamos con usted y con Amparo para que le permitan visitarlas.

GONZALO. — ¡Ah, tunante!

LA UNA. — Parece que Amparo salió de su casa algo enfadadilla; es un poco terca y él teme que acaso se niegue á verle. No ignora cuánto quiere á usted y la respeta su hermana, y está seguro que si usted se lo manda accederá á recibirle. Ya conoce el pobrecillo que su pasado no le abona; pero asegura que ya es otro hombre y que la desgracia le ha hecho ver la vida de otro modo que antes.

LA OTRA. — De otro modo muy distinto.

LA UNA. — Lo que él dice: sin cariño ni sombra, solo en el mundo, ¿en qué va á dar un hombre?

LA OTRA. — Lo que dice él: el que trata con gente buena y temerosa de Dios, al fin acaba por ser como ella.

LA UNA. — Si Germán pudiera venir á menudo á ver á Amparo y á saludar á ustedes y pasar aquí un rato...

GONZALO. — Un momento. Me han dado ustedes licencia para oír, mas no sé si para hablar; pido, pues, una ampliación de poderes. Carmen, usted me perdonará esta incorrección: una incorrección puede ser á veces salvadora. Yo me adelanto á responder por usted á estas señoritas que es imposible acceder á su demanda. Su proverbial bondad les ha llevado esta vez demasiado lejos.

LA UNA. — Nos deja usted asombradas.

LA OTRA. — Nos deja de una pieza.

LA UNA. — Usted, Carmen, ¿no nos dice nada?

CARMEN. — No sé qué decirles... Ustedes no ignoran los horrores que se cuentan de ese muchacho. Ya han oído ustedes á Gonzalo, de cuyo interés por nosotros no puedo dudar. Por otra parte, ustedes son personas formales y buenísimas, que no pueden desearme sino lo mejor... No sé, pues; no sé qué diga... ¿Amparo no sabe que él está en Madrid?

LA UNA. — No señora.

GONZALO. — Permítame usted que rectifique ligeramente esa opinión: lo sabe.

CARMEN. — Y esa es sin duda la causa de su tristeza de estos días.

LA UNA. — Pues él nos dijo...

LA OTRA. — Le entenderíamos mal.

LA UNA. — Lo cierto es que á nosotras nos ha dado mucha lástima.

LA OTRA. — ¡Es tan simpático!

LA UNA. — Y un real mozo. Los ojos son de su padre.

LA OTRA. — Los de su padre. ¡Si es estarle viendo!

GONZALO. — No así sus acciones.

LA UNA. — Por Dios, cuatro ligerezas... (*Levantándose*) En fin, usted nos hará el favor de transmitir á Amparo nuestro ruego. El único móvil que en esto nos ha guiado es el cariño á esos pobres muchachos, que, por lo demás, nosotras ni entramos ni salimos.

GONZALO. — (*Aparte*). No hacen otra cosa en todo el día.

CARMEN. — Sí ya lo sé, hijas mías... Miren ustedes, aquí vienen ya las chicas.

## ESCENA VIII

### DICHOS, AMPARO y CARMINA

CARMINA. — (*Por la derecha, seguida de Amparo*) Vamos á ver á las de Villamansa... Estoy yo como para hacer un viaje largo con las de Villamansa... Ah, ya se van.

AMPARO. — Excusen ustedes nuestra tardanza; estábamos... Pero ¿ya se marchan ustedes?

CARMINA. — ¿Tan pronto?

LA UNA. — Harto lo sentimos, pero hoy es un día ocupadísimo para nosotras. Tres amigas nuestras se han quedado viudas en una semana.

LA OTRA. — Y otras dos, huérfanas.

AMPARO. — ¡Qué atrocidad!

GONZALO. — Cinco cuerpos mayores, que dicen en el Registro.

LA UNA. — A Carmen dejamos un recadito para usted, Amparo. Esperamos que, á poder ser, no nos desairará usted.

LO OTRA.—Que no nos dejará usted feas.

AMPARO.—¿Un recado?

LA UNA.—Sí. Y adiós; adiós, Carmen. Carmina...

LA OTRA.—Hasta otro rato...

LA UNA.—Señor de Altafuente... Hay que tener más indulgencia si se ha de tratar uno con las gentes.

GONZALO.—Ya ustedes suplen toda la que pueda faltarnos á los demás. (*Vánse*).

## ESCENA IX

### AMPARO, CARMINA, CARMEN y GONZALO

(*Todos callan durante unos momentos, abortos en sus cavilaciones.*)

CARMEN.—(*A Amparo*). El recado, hija mía, que esas señoritas han dejado para usted, no sé si es discreto trasmitirle; pero tampoco me atrevo á quedarme con él, que al fin, es cosa que no me pertenece.

CARMINA.—Extraño preludeo.

CARMEN.—Por lo visto, una persona que no ha hecho méritos para ser á usted todo lo agradable que debiera, solicita por medio de las de Villamansa poder visitarla... y á nosotras.

AMPARO.—(¡Esto más!) Esa persona es mi hermano ¿no es cierto?

CARMEN.—Efectivamente.

CARMINA.—¿Su hermano?

AMPARO.—Mucho siento que esas amigas, en vez de molestar á usted, no me hayan enterado directamente de la misión que traían y oído mi respuesta. Pero en este asunto—del que si sólo fuera mío no hablara ya más—hay algo... que puede interesar á ustedes... y que... Gonzalo, ha llegado el momento de que me cumpla usted su promesa. Hable usted.

CARMINA.—¿Qué misterios son estos?

CARMEN.—Calla.

GONZALO.—Oye, primor. Suponte tú que estuvieras muy malita, y que para lograr tu curación fuera preciso administrarte un medicamento de esos que amargan un poco; suponte ahora que no hubiera á tu alrededor nadie más que yo para darte la droga... ¿Te parecería bien que por ahorrarte ese pasajero amargor te dejara avanzar en tu dolencia?

CARMINA.—¿En mi dolencia?... ¿A qué se refiere usted?

GONZALO.—Ya sabía yo que tu penetración me había de ahorrar la mitad del camino... Pues bien, sí; á eso me refiero, á lo que tu sospechas... Sí, señora, (*en tono de cariñosa reprehensión*) usted ha puesto los ojos, y aún algo que tras de los ojos suele irse, en cierto don Juan,

del que ha debido usted antes averiguar la vida y milagros y hablar con su abuela.

CARMINA.—¿Yo?... Pero eso ¿qué tiene que ver con Amparo... ni con el recado de las de Villamansa?

AMPARO.—¿Aún no lo adivina usted?

GONZALO.—A esa persona que pretende ver á Amparo, no la urge eso, sino verte á tí.

CARMEN.—¿Eh? ¿Qué dice usted, Gonzalo?

CARMINA.—¡Dios mío! ¿Es eso cierto?

GONZALO.—(*A Carmen*) Ahora se explicará usted porqué, amparándome en el derecho que me da mi devoción por esta casa, me arrojé á decir á las de Villamansa que su representado no sería aquí *persona grata*, como decimos en la corte.

CARMEN.—¡Carmina, niña mía!... Amparo, comprendo lo que está usted sufriendo; pero si el afecto que la tenemos puede compensar á usted... Y tú ¿porqué me ocultaste...?

CARMINA.—¡Si no puede ser cierto! ¡Yo afirmo que no lo es! ¿Cómo había de haber ganado mi voluntad quien fuera como dicen que es... ese hombre? Aquí tiene que haber un error.

AMPARO.—(¡Qué suplicio!)

GONZALO.—No hay error; no hay más error que el tuyo, si bien es el de muchas: el de creer que los buenos mozos por fuerza han de ser mozos buenos.

CARMEN.—Vamos, hija mía, no te apenes: Dios cuidará de todo.

CARMINA.—(*En los brazos de Carmen*). ¡Abuela!

CARMEN.—Llora, que eso te aliviará... que eso nos aliviará.

CARMINA.—Perdóname... pero tengo que decirte una cosa... ¡á tí sola!... ¡que le quería mucho! (*Volviéndose á Amparo*) Amparo, ¡qué mal la he juzgado á usted, á usted que ha sido capaz de esta noble acción! Pero usted sólo me decía...

AMPARO.—Es verdad: he debido vencer mi sonrojo y enterar á usted de todo.

CARMINA.—Pero, Dios mío... ¿tan malo es?

AMPARO.—(*Suplicante*) ¡Carmina!

GONZALO.—Ya ves como respetamos tu pena: ten cuenta con la de los demás.

CARMINA.—Tiene usted razón; no sé lo que digo... Pero ¿no puede á veces una pasión—yo lo he oído, yo lo he leído—transformar á un hombre?

GONZALO.—(*A Amparo*) Con razón temía usted.

AMPARO.—No, Carmina: aunque el negarlo me desgare el corazón, yo lo niego, al menos tratándose de... quien se trata. ¡Qué vida la que esperaba á usted! La veo toda, toda... Us-

ted no sabe la lucidez que dan las penas: parece mentira que al través de las lágrimas pueda verse tan claro... ¡No, pobre criatura, pobre hermana mía! Deje usted que se lo llame: los hombres se llaman á veces hermanos y casi nunca dicen verdad. ¡Las mujeres sí que somos hermanas, hijas comunes del dolor y la virtud!

CARMEN.—Yo no encuentro, Amparo, palabras con que ponderar á usted mi admiración y mi gratitud... ¡Dios querrá premiarla!

(Se oye dentro la voz de Alfremito que se acerca cantando algún «couplet» de los que estén en boga).

Ahí viene Alfremito: disimulemos todos nuestro disgusto.

### ESCENA X

#### DICHOS y ALFREMITO

ALFREMITO.—(Por el fondo) A la paz de Dios... Muy buenas tardes.

GONZALO.—Bien venido.

ALFREMITO.—¡Qué graves están todos!... Amparo, ¿no sabe usted que he conocido á su hermano? ¡La mar de simpático!

GONZALO.—(¡Hombre, qué oportuno!).

ALFREMITO.—¿Has llorado, abuela?

CARMEN.—No, hijo. ¿Porqué había de llorar?

ALFREMITO.—Pues sí, me le presentó ayer un amigo en la tertulia del café y como si nos hubiéramos tratado desde que nacimos... Me lo ha contado todo; tienen ustedes que hacer las paces.

GONZALO.—Bueno, hombre; ya nos lo referirás en otra ocasión.

ALFREMITO.—¿Y porqué no ahora? Ya, ya sé que su vida ha sido algo... atropellada... Pero eso ¿qué? Al que no tiene dinero hay que dispensárselo todo. Y más si lo hace con la sombra que éste: me ha dicho Juárez—el que nos presentó—



Rafaela Satorres

que el otro día... Amparo no se enfadará porque lo cuente.

GONZALO.—Mira, por si acaso...

ALFREMITO.—¡Si no es ningún delito!... Dice que el otro día, encontrándose sin dinero... como yo esta tarde, abuelita... se le ocurrió ir á ver á cierto señor, amigo de otro que vivía en la Montaña, y fingir que le traía una visita de éste, con objeto de... bueno, ya se supone con qué objeto.

AMPARO.—Alfremito, yo le ruego...

CARMEN.—¡Hijo mío, qué no has de callar!

ALFREMITO.—Si usted es la primera que se va á reir... Conque, amigos de Dios, después de asegurar el buen Germán á su visitado que el de la Montaña quedaba tan bueno y rozagante, tira el otro de papel y le dice: «Pero entonces ¿de quién es esta esquila mortuoria que he recibido el mes pasado? ¿Usted ignoraba su muerte?» A lo que contesta el visitante viéndose cogido: «No señor, pero hay desgracias de las que no acaba uno de convencerse».

GONZALO.—Eres un mamarracho.

ALFREMITO.—Sí: ya veo que no les divierte la aventura... Pues á mí me ha hecho mucha gracia. ¡Si el hombre tiene la primera sombra!... Yo ya le he dicho que lo que debe hacer, para salir de penas, es buscar una novia rica.

CARMINA.—¡Alfremito!

CARMEN.—¿Acabarás hoy de decir majaderías?

GONZALO.—Mira, hablemos de otra cosa si te parece.

ALFREMITO.—¿Porqué? vamos á ver. En fin, para terminar: yo me he comprometido con mi nuevo amigo á interceder con Amparo en su favor, y para facilitar las negociaciones de paz le he convidado á merendar con nosotros.

AMPARO.—¿Cómo?

CARMINA.—¿Qué dice este mentecato?

ALFREMITO.—Bueno, mujer: á tomar el té... Como yo tomo salchichón y vino... Vendrá enseguida: yo me he detenido ahí abajo con uno... ¿Qué? ¿He hecho mal?

GONZALO.—Difícilmente se pudiera hacer peor.

ALFREMITO.—¿Porqué?... Pero ¿sucede aquí algo? ¿Porqué tienen todos...?

GONZALO.—Pues sucede que tu amigo ha elegido ya una novia rica, como tú le aconsejabas. Pero no le sale la cuenta.

ALFREMITO.—¿Que la ha elegido?... Y ¿quién es?

GONZALO.—Tu hermana.

ALFREMITO.—¿Eh? ¿Cómo? ¿Porqué llora ésta?... A ver, á ver, ¡já contármelo todo!

AMPARO.—¿Para qué, Alfredo, si ya no hay nada que hacer en el asunto?

ALFREDITO.—Perdone usted: soy el jefe de la familia.

AMPARO.—Lo que urge es evitar que venga aquí... Yo misma le enviaré un recado.

ALFREDITO.—No es preciso: yo iré á dárselo. Ese y otro que me reservo.

AMPARO.—¡No, Alfredo!

CARMEN.—¡Por Dios, eso no!

ALFREDITO.—¿Que no? ¡Caramba con el vivo! Con sus antecedentes, atreverse á hacer el amor á Carmina. Ahora verá si le valen sus mañas. Ante todo, sepa yo...

### ESCENA XI

#### DICHOS y RITA

RITA.—Don Germán García de los Robles.

ALFREDITO.—Hombre, á tiempo llega.

CARMINA.—¡Oh, no quiero verle! (*Vase por la derecha*).

CARMEN.—¡Qué imprudencia la tuya, hijo mío!

ALFREDITO.—Dejadme sólo con él.

CARMEN.—Eso sí que no.

GONZALO.—No estorbamos.

AMPARO.—¡Alfredo, por Dios!

CARMEN.—No le hables tú, sino Gonzalo.

AMPARO.—No; yo misma...

GONZALO.—Nadie puede disputar á Alfredo ese derecho.

ALFREDITO.—¡Nadie! (*A Rita*) Que pase. (*Vase Rita*).

CARMEN.—Pero son muchachos: se acalorarán.

GONZALO.—Estoy yo aquí.

### ESCENA XII

#### AMPARO, CARMEN, GONZALO, ALFREDITO y GERMÁN

GERMÁN.—(*Por el fondo*) Señora... (*A Gonzalo*) Caballero, mucho gusto... Amparo, á tí los brazos... Mi amigo Alfredo ha tenido la amabilidad de invitarme á tomar el té con ustedes, y yo, señora, tengo un verdadero placer en ponerme á sus piés. Ya sé cuánto debe á usted mi hermana y, por consiguiente, cuánto la debo yo.

ALFREDITO.—¿Sabe usted que no he visto un tío más fresco en toda mi vida?

GERMÁN.—¡Alfredo!

ALFREDITO.—Le dispense á usted del diminutivo... Amparo, ruego á usted que... Tengo que decir á su hermano algo que usted no debe oír.

AMPARO.—Yo debo oírlo todo.

ALFREDITO.—Como usted quiera. (*A Germán*) Pues sepa usted que cuando, llevado de mi carácter aturrido y de lo fácil que soy á la

simpatía, he podido conceder á usted mi afecto y hasta invitarle á venir aquí, ignoraba los móviles que le guiaban al buscar mi amistad.

AMPARO.—Si Germán no ha tenido...

GERMÁN.—Déjale que acabe.

ALFREDITO.—No tengo más que decir, como no sea que, una vez conocidos esos móviles, no hay razón para que yo tolere la presencia de usted en esta casa.

AMPARO.—¡Oh, es demasiado!

GERMÁN.—Pero esto será una broma.

ALFREDITO.—¿Broma? Confío en que no me obligará usted á darle pruebas de que no lo es.

GERMÁN.—Entonces ¿debo pensar que se me echa?

ALFREDITO.—O una cosa muy parecida.

GERMÁN.—Está bien. Espero que de esta ofensa se me dará la debida reparación.

ALFREDITO.—Se le darán cuantas usted quiera.

GERMÁN.—A sus órdenes.

CARMEN.—¿Eh? No ¿Qué intentan ustedes?

GONZALO.—No se alarme usted: yo sé que no hay motivo.

GERMÁN.—Amparo, espero que no permanecerás un sólo momento en esta casa de donde se arroja á tu hermano.

AMPARO.—¡No, no permaneceré!

GONZALO.—¿Que no?

CARMEN.—¿Marcharse usted, á quien quiero ya como á una hija?

ALFREDITO.—Amparo se quedará aquí, amada y respetada, como hasta ahora, de todo el mundo.

GERMÁN.—No hará tal. ¡Nos llamamos García de los Robles! (*A Amparo*). Si te está bien empleado: todo ultraje al escudo se paga. Te empeñaste en servir, y nos han tomado por cualquier cosa. ¡A nosotros! ¿Qué tendremos nosotros de común con... estas personas?

ALFREDITO.—Usted, nada.

GERMÁN.—Nada; usted lo ha dicho. Y tan es así, que renuncio á la reparación. (*A Amparo*). Te espero en la fonda: ya sabes las señas. (*Váse*).

### ESCENA XIII

#### DICHOS, menos GERMÁN

CARMEN.—Usted no sale de aquí, Amparo.

ALFREDITO.—Hoy menos que nunca.

AMPARO.—Es forzoso: con razón ó sin ella se le ha arrojado de aquí, ¡y yo también he sentido que somos quienes somos! Además, yo le he cerrado una puerta por donde acaso iba á su rendición, y debo ir á consolarle.

CARMEN.—Pero ¿está usted loca, hija mía?

ALFREDITO.—De atar, abuela, de atar.

AMPARO.—Es un desventurado, es un enfermo... ¿Hay acaso derecho á dejar á un enfermo? Volveré á mi puesto, que es al lado de Germán. Los dos estamos solos en el mundo, últimos restos de una raza ilustre: cuando se cuente cómo acabó, no se diga sólo que en la infamia; dígase también que en el sacrificio. (*Se dirige á la puerta de la derecha, y todos la detienen con el ademán, á tiempo que aparece en dicha puerta Carmina*).

ESCENA ÚTIMA

DICHOS y CARMINA

CARMEN.—¿De veras se va usted?

GONZALO.—Esa idea que tiene del deber es tan sublime como disparatada ¿Qué ha de ser un enfermo ese mozo?

ALFREDITO.—Al menos de ahogos no padece.

CARMINA.—Pero ¿quiere irse? ¿Qué es esto, abuela? ¿Porqué se ha de ir Amparo? ¡Esto sólo nos faltaba!

GONZALO.—¡No se irá!

AMPARO.—Así lo quiere mi suerte; ya me parecía á mí que iba siendo muy largo este trozo de buen camino... Adiós, pues; adiós todos... De usted, Gonzalo... también me despido

GONZALO.—Ni de mí ni de nadie; esto no puede ser un *ultimatum*... No la pedimos á usted que no se vaya: la pedimos un aplazamiento. Aguarde usted hasta mañana, y yo iré esta tarde á disculparla con Germán.

ALFREDITO.—Ojo con él.

GONZALO.—No hay cuidado; no es flojo sablazo el que yo le voy á dar.

ALFREDITO.—Pues ¿qué va usted á pedirle?

GONZALO.—Su hermana.

CARMEN.—Oh, sí, Gonzalo. ¡Es digna de usted!

AMPARO.—Eso es imposible.

CARMINA.—¿Porqué?

AMPARO.—Porque... ¡Porque no nos dejaría vivir!

GONZALO.—¿Quién? ¿Germán? No sea usted

pueril, Amparo. ¿Usted cree que nadie deja de casarse porque la novia ó el novio tengan un hermano... irregular? Pues bueno estaría. Si es un enfermo, como usted dice, se le pone en condiciones de curarse; si es simplemente un ineducado—no por falta de buenas enseñanzas, sino de una voluntad firme que se las hiciera cumplir—ahora encontrará esa voluntad. De modo que en ninguno de los dos casos puede usted dejar de casarse... suponiendo que el novio sea de su agrado.

ALFREDITO.—(*Dándole la mano*) ¡Superior! Eso es un discurso.

AMPARO.—¡De mi agrado sí! Usted lo sabe.

GONZALO.—Entonces...

AMPARO.—Pero no puede ser.

GONZALO.—¿Porqué no ha de ser? ¿Es razonable, es lícito siquiera que rechace usted, ya que no la repugna, el amor de un hombre leal, que es amparo y defensa? Si esta pasión, que con orgullo declaro ante tan buenos amigos, no arde con la alborotada llama de la juventud, no por eso guardan menos calor sus tranquilas brasas. Amor de la madurez, seguro ya de sí y conocedor de la vida; sol de otoño, en cuya suave luz puedan descansar y serenarse esos ojos fatigados de llorar... Conque... ¿qué dice usted?

AMPARO.—(*Tras una corta pausa*). Que soy mujer. ¿Se sabe de alguna que en algún tiempo ó en algún rincón del mundo haya sido capaz de huir cuando el amor honrado intentaba sujetarla?

CARMEN.—Y el cariño de todos.

GONZALO.—(*Cogiéndola la mano*) ¡Al fin, Amparo!

ALFREDITO.—¡De primera!

CARMINA.—(*Llorando y acercándose á Gonzalo*) ¡Dichoso usted, que ha logrado detener al Amor!

GONZALO.—Ay, hija mía, es que yo ya no estoy para dejarle escapar. Tú sí, primor: seca esas lágrimas. ¡Cuántas noches ha de venir todavía á cantar bajo tu ventana!

TELON.

FIN DE LA COMEDIA

**PABLO MATA Y COMP. A**

**LA EQUITATIVA**

**MUEBLES Y TAPICERÍA**

**CORCHO HIJOS**  
**SANTANDER**

Maquinaria, calderería, fundición, bombas.—Reparación de buques.—Cocinas, bañeras y lavabos.—Presupuestos y catálogos gratis.

Salón Exposición en Madrid: Calle de Recoletos, 5

**LA APARECIDA**

FÁBRICA DE GALLETAS Y ROSQUILLAS

DE

**JULIO OBESO GARCIA**

PUENTE, 16

**REINOSA**

Galletas especiales para chocolate, té y café. Selectas rosquillas de Reinosa. Envíos y muestras á todas partes. Descuentos según los pedidos.

**INTERESANTE PARA CABALLEROS**

En la sastrería de Julián Sánchez encontrarán un magnífico surtido de impermeables color garantido, trajes y gabanes para las próximas estaciones de primavera y verano.

Corte irreprochable.—Inmejorables precios.

Lealtad, 2, (frente al nuevo puente)

**SANTANDER**

**A**nuncio en el interior de los tranvías eléctricos.— Más de TRES MILLONES de viajeros leen estos anuncios durante un año.

Anunciadora OPTIMA.—Manuel Herrera y Compañía.—Hernán Cortés, 1.

Todo negocio es bueno si se anuncia mucho.

**AZULEJOS — CEMENTOS PORTLAND — CAL HIDRÁULICA**

**Y OTROS MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN**

**JOAQUIN MADRAZO Y C. A** Frente á la estación de los  
Ferrocarriles de la Costa

Teléfonos números 61 y 73

**LA ECONÓMICA** FÁBRICA DE HARINAS Y PAN

Molnedo, número 9

Venta de cebada, maíz y demás cereales y subproductos de la molinería

CRAN FÁBRICA

DE

**CHOCOLATES DE AGUIRRE**



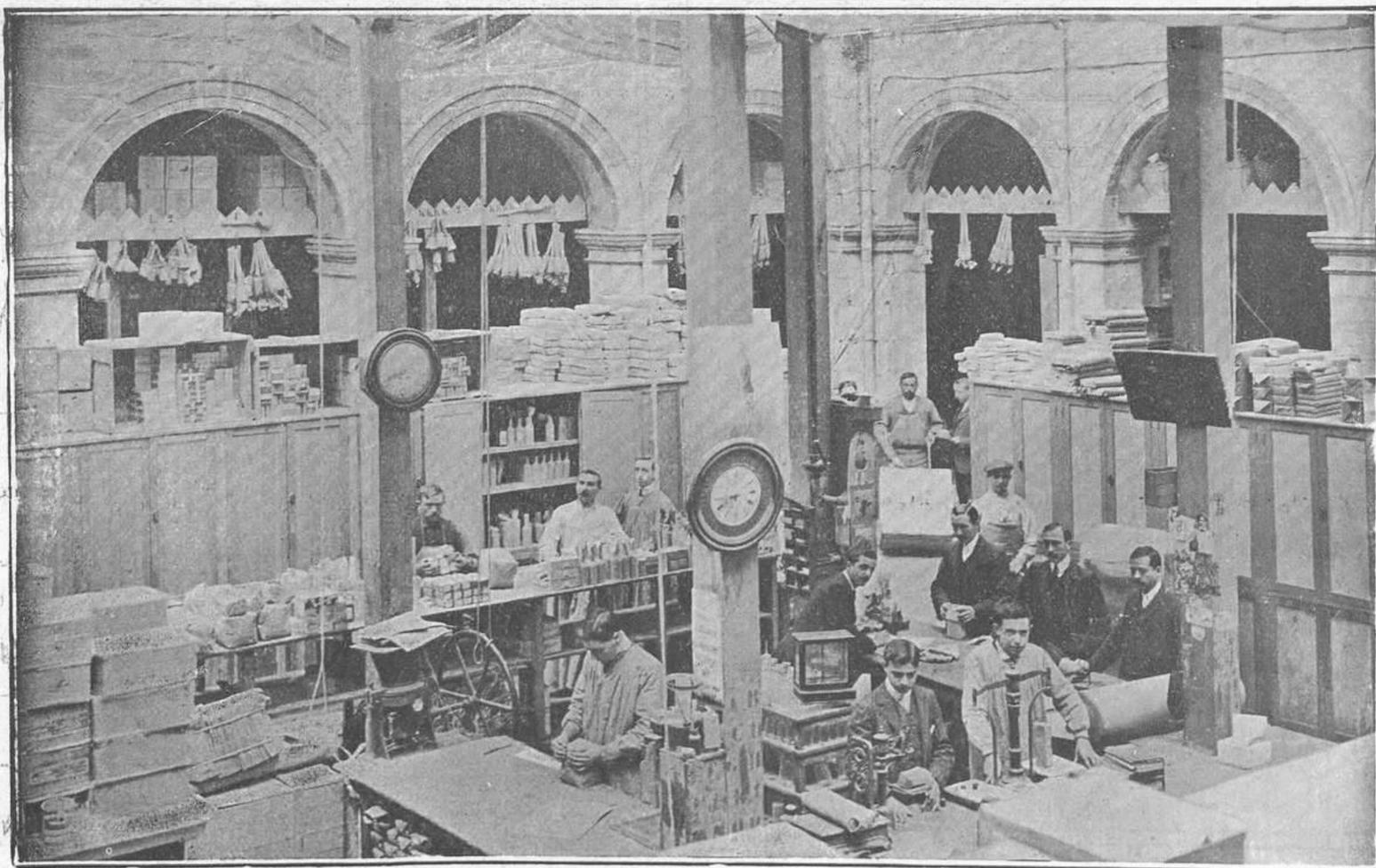
Depósito: Artecalle, número 50.—BILBAO

**COLEGIO "SAN ANTONIO"**

Colosía, 1.—SANTANDER

*Primera enseñanza graduada.—Preparación para el Magisterio.—Clases especiales para señoritas.—Clases de adorno, Francés, Dibujo, Pintura, Música.*

Director: DON GREGORIO GONZÁLEZ, Maestro Superior



**PEREZ DEL MOLINO Y COMPAÑÍA.**—Droguería y Perfumería

EXPORTACIÓN Á TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA

## RESTAURANT "EL CANTÁBRICO"

DE

**Pedro Gómez Hernández**

Hernán Cortés, 9.—SANTANDER

Es el mejor de la población.—Comida francesa y española.—Servicio á la carta y por cubiertos.—Servicio especial para bodas y banquetes dentro y fuera de la ciudad y á precios muy económicos.—Hay habitaciones para los señores viajeros.

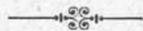
## LIBRERÍA MODERNA

DE

# MARIANO ALVIRA

Amós de Escalante, número 10

SANTANDER



Surtido de obras españolas y extranjeras. Centro de suscripciones á todos los periódicos y revistas. Tarjetas postales de fantasía y vistas de Santander y toda su región.

Servicio de encargos con rapidez

## ALFREDO RIVERO

SOMBRERERÍA

Gran surtido en los artículos del ramo

Plaza de la Constitución, 4

DESPACHO DE CARNES

## HIJOS DE J. ARPIDE

Abastecedores de la Compañía Trasatlántica

Mercado de la Esperanza, 21.

EL FIEL CONTRASTE

## CORTABITARTE Y QUEVEDO

Gran almacén de ultramarinos y ferretería

Despacho: San José, 25, Astillero (Santander)

## ✿ FARMACIA DE LA ALAMEDA ✿

# A. LLOREN MAZO

\* Aguas minerales. \* Productos químicos. \* Especialidades farmacéuticas nacionales y extranjeras. \* Ortopedia, etc., etc. \* \* \* \* \*

Alameda 1.<sup>a</sup>, 6 y 8.—SANTANDER

## Ramírez y F. Oruña

(SUCESORES DE J. CORREA)

Primera casa en objetos de arte para regalos.—Camisería de lujo, guantes, géneros de punto.—Perfumería, abanicos, paraguas, bastones, corbatas, impermeables.—Completo surtido en artículos de piel y viaje de la más alta novedad.—Casa exclusiva para la venta del tan acreditado Aceite vegetal mexicano para volver el pelo á su primitivo color, y la maravillosa crema de almendras americana para el rostro, las manos, el cutis y la tez.

San Francisco, 11. - Teléfono 158. - SANTANDER

## CAFÉ RESTAURANT DEL "ÁNCORA"

HIJOS DE VICENTE GUTIÉRREZ

Muelle, número 5.—SANTANDER

Casa de primer orden.—Servicio á la carta y por cubiertos.—Especialidad para bodas y banquetes con servicio especial.—Gran terraza en los meses estivales.—Conciertos por reputados artistas.—Helados.—Teléfono número 181.

## MALA REAL INGLESA

SERVICIO MENSUAL  DE VAPORES

Próximas salidas de Santander

PARA MONTEVIDEO Y BUENOS AIRES

saldrá de Santander el día 21 de febrero el magnífico vapor

**POTARO**

admitiendo carga y pasajeros de primera y segunda clase

Precio en tercera clase, 220 pesetas

El servicio corre á cargo de un escogido personal español de camareros y cocineros, con órdenes de atender esmeradamente al pasaje.

Para toda clase de informes dirigirse en Santander á Luis Maruri, Muelle, 31 quien los facilitará gratuitamente.

**Ladislao del Barrio**

Méndez Núñez, núm. 20

\* \* SANTANDER \* \*

EL REY DE LOS  
CEMENTOS**CEMENTO PORTLAND, EXTRA ÁGUILA**EL REY DE LOS  
CEMENTOSCAL HIDRÁULICA SUPERIOR DE ZUMAYA \* INODOROS \* BAÑERAS  
YESOS \* ESTUFAS \* AZULEJOS \* BALDOSAS \* PRODUCTOS REFRACTARIOS

Méndez Núñez, 20. — SANTANDER

**Manuel Arce Palacios.**—Almacén de garbanzos, alubias de Herrera de varias clases, arroces, lentejas y demás legumbres.—Pimentón molido y frutas secas.—Plaza de la Libertad, 2, Arcos de Botín.

**Reigadas, Sánchez y Comp.<sup>a</sup>**—Ribera, 7 y 8, Santander.—Ferretería, quincalla y herramientas de todas clases para artes y oficios.

**Monte de Piedad de Alfonso XIII y Caja de Ahorros de Santander.**—Prado de Tantín.—Préstamos sobre alhajas, ropas, valores, créditos, hipotecas y sueldos.—Horas de oficina: de 9 á 1 y de 3 á 7.

**Hotel Restaurant El Antiguo.**—Calle de Bidebarrieta, Bilbao.—Menú á 5 pesetas, con vino ordinario, sopa, aperitivos surtidos, cuatro platos, repostería, postre surtido.—Un plato menos, 4 pesetas.—Se eligen los platos de la nutrida y variada carta diaria.—Confortables habitaciones desde 3 pesetas.—Hospedaje desde 10 pesetas.

**La Zapita.**—Lechería, proveedora del Sanatorio de Mardrazo,—Martillo, 2.

**Compañía Santanderina de Navegación.**—Muelle, 30.—Santander.—Servicio de transporte de ganados de Rotterdam á Santander.

**El Nuevo Altillo.**—Gran restaurant y casa de viajeros de Pablo é Isaac Benito.—Grandes reformas en los comedores; servicio esmerado, á la carta y por cubiertos; habitaciones confortables; cocina francesa y española.—Precios económicos.—Puente, 18 (al lado de la Librería Católica), Santander.

**Despacho de carnes.**—Restituto Pardo.—Plaza Nueva, número 65.—Se sirve á domicilio.

**Andrés Galarreta.**—Taller de Encuadernación y libros rayados de comercio.—Plaza de la Aduana, esquina á la del Príncipe.

**Ferretería.**—Herramientas para toda clase de Artes, Minas y Agricultura.—Utensilios de casa y mesa.—Ubierna y Fernández.—San Francisco, 14.—Santander.

**La Compañía de Maderas.**—Muelle de Maliaño.—Santander, Bilbao, Madrid.—Importación de maderas de pino del Norte de América y Francia.—Talleres de sierra mecánica y construcción de cajas para envases.—Jambas, molduras y virutilla de madera para empaquetar.

**Motores, Dinamos, Transformadores.**—Calefacción de edificios por vapor á baja presión.—Talleres: Mardrazo y M. Guitián (S. en C.)—Santa Clara, 11.—Teléfono número 216.

**Anuncio en azulejo esmaltado.**—El más llamativo. El más elegante. El más duradero. El más perfecto.—Anunciadora ÓPTIMA.—Manuel Herrera y Compañía.—Hernán Cortés, 1.

**MÉDICOS**

**Especialista** en partos y enfermedades de la mujer.—Dr. Herrera Oria.—Muelle, 7 y 8, 2.º

**Especialista** en las enfermedades de la garganta, nariz y oídos.—Dr. Santiuste Buega.—Wad-Ras, 5, 1.º

**PROCURADOR**

**Emilio López Bisbal.**—Abogado, Procurador de los Tribunales.—Wad-Ras, 3, 2.º

**DESPACHO DE CARNES**

DE

**FERNANDO SANTOS**

Plaza del Este, núm. 67

Se sirve á domicilio á quien lo solicite

**DESPACHO DE CARNES**

DE

**MANUEL FERNÁNDEZ**

Plaza del Este, números 15 y 16

Especialidad en carne de vaca y ternera.  
Se sirve á domicilio.

DESTILERIA Y BODEGAS "SANTA MARINA"  
PROPIETARIO  
BALDOMERO UDAÑA. — Udalla (Santander)

PEDID EN TODAS PARTES  
**ANÍS UDALLA** | ES EL MÁS RICO É HIGIÉNICO  
DE LOS CONOCIDOS

PARA DETALLES  
JULIO PALACIOS = «LA MAR» = SANTANDER

PEDID  
La Perra Gorda



Caja: 10 céntimos

VIUDA DE EGUÍA

CASA FUNDADA EL AÑO 1844

Confitería y repostería.—Elaboración especial de chocolates.—Gran fábrica de velas de cera.—Ceras puras procedentes de Egipto y Andalucía.

Fábrica: Plaza de la Esperanza, 5

Despacho: Calle de Atarazanas, 13

SANTANDER

Enfermos del estómago é intestinos,

tomad siempre el

AGUA DE

HOZNAYO

LA MEJOR

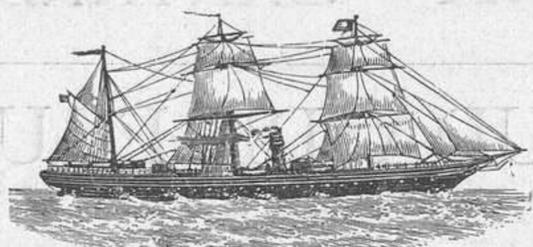
AGUA DE MESA

# GRAN SALON DE PELUQUERÍA

Boulevard de Pereda, 16.—SANTANDER

AL LADO DE LA CONFITERÍA GADITANA

## SERVICIO ESMERADO



VAPORES CORREOS

DE LA

COMPañÍA TRASATLÁNTICA ESPAÑOLA

Servicio mensual regular el día 20 de cada mes

ENTRE

SANTANDER, HABANA Y VERACRUZ

PARA INFORMES

Hijos de Angel Pérez y Comp.<sup>a</sup>

Muelle, 36.—SANTANDER

CHOCOLATES

"LA MONTAÑESA"

ASTILLERO (SANTANDER)

Despacho en Santander: Muelle, 7 y 8

Thés y cafés superiores, Bombones, Napolitanas

PEDID EN TODAS PARTES

LOS EXQUISITOS VINOS DEL

Marqués del Mérito

Especialidad en Jerez y Cognacs

PIANOS ERARD

LOS MEJORES DEL MUNDO

Representación y depósito exclusivo en España

CASA DOTESIO

Wad Ras, 7 (Plaza de Pombo) SANTANDER

\* \* \* \* \* Música de todas las ediciones. \* \* Instrumentos  
para bandas y orquestas. \* \* Pianos de las mejores mar-  
cas. \* \* Armoniums para capillas. \* \* \* \* \*